

EL BUEN RELIGIOSO

LA ESPIRITUALIDAD DE SAN MARTÍN DE PORRES
A PARTIR DE LAS FUENTES DOCUMENTALES



Fray Julián de Cos, O.P.

Salamanca 2020

El buen religioso

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.

EL BUEN RELIGIOSO

LA ESPIRITUALIDAD DE SAN MARTÍN DE PORRES
A PARTIR DE LAS FUENTES DOCUMENTALES

SALAMANCA 2020

El buen religioso

15-10-2020

ISBN: 978-84-09-23934-4

Este libro ha sido editado por el propio autor y puede descargarse gratuitamente en:

<https://www.dominicos.org/estudio/recurso/el-buen-religioso/>

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	7
BREVE CRONOLOGÍA	10
CONTEXTO HISTÓRICO	15
DECADENCIA Y REFORMA DE LA ORDEN DE PREDICADORES	15
Decadencia del siglo XIV	15
Santa Catalina de Siena y el beato Raimundo de Capua	17
Reforma dominicana.....	18
REFORMA Y ULTRARREFORMA EN LA PROVINCIA DE ESPAÑA	20
Beato Álvaro de Córdoba y fray Luis de Valladolid	20
Recoletas dominicanas	21
La ultrarreforma de fray Juan Hurtado de Mendoza.....	22
Espiritualidad tridentina.....	25
REFORMA DE LA PROVINCIA DE SAN JUAN BAUTISTA DE PERU.....	27
Orígenes de esta Provincia.....	27
Fray Salvador de Ribera y el comienzo de la reforma peruana	31
Fray Juan de Lorenzana y fray Diego López de Hojeda	33
Ambiente generado por la reforma	37
TESTIMONIOS SOBRE LA EJEMPLAR VIDA DE SAN MARTÍN DE PORRES	42
CARIDAD	43
HUMILDAD.....	49
ALEGRIA	51
FORTALEZA	53
ORACION.....	55
SABIDURIA.....	57
CONSEJO.....	61
PREDICACION.....	64
LABORIOSIDAD.....	66
OBEDIENCIA.....	71
PACIENCIA	73

El buen religioso

AUSTERIDAD	74
EMPRESARIATO	75
AMIGABILIDAD.....	80
CUIDADO DE LA NATURALEZA	83
EL VACIO DEJADO POR FRAY MARTIN	91
CONCLUSIÓN.....	94
BIBLIOGRAFÍA.....	95

INTRODUCCIÓN

¿Queda algo por decir sobre san Martín de Porres? Esta es una pregunta que se habrán hecho algunas personas al saber que se ha publicado un nuevo libro sobre este santo peruano. Nuestra respuesta a esa pregunta es que sí: aún queda al menos un aspecto de este santo por estudiar. Nos referimos al papel que desempeñó –y sigue desempeñando– en la historia de la espiritualidad de la Orden de Predicadores.

En efecto, cuando analizamos la historia de los dominicos vemos que san Martín vivió en el apogeo de la reforma de la Provincia de San Juan Bautista y, más aún, fue un referente muy importante en dicha reforma, la cual buscaba recuperar la genuina observancia regular dominicana. En ese contexto, san Martín fue para sus hermanos el referente del buen religioso. Y, lo más importante, lo sigue siendo para nosotros. Eso es lo que vamos a estudiar en este libro.

En la Iglesia siempre han sido fundamentales las mujeres y los hombres de vida ejemplar, es decir, los santos. Nos referimos a esas personas cuya vida nos muestra que el Evangelio no es una utopía, sino algo real y tangible que, con ayuda del Espíritu Santo, todos podemos vivir. Los muchos santos que hay en la Iglesia han destacado en diferentes aspectos, dependiendo de sus cualidades y, sobre todo, de aquello que Dios les pidió hacer.

Así, en la Familia Dominicana, el gran referente de buen predicador es santo Domingo, el fundador de la Orden. Sabemos que santo Tomás de Aquino es el principal teólogo. San Alberto Magno, además de gran teólogo, destacó como científico. San Raimundo de Peñafort es el modelo de canonista de la Orden. El Maestro Eckhart y santa Catalina de Siena son los grandes maestros espirituales. Fra Angélico es el artista de referencia. Y así podríamos seguir nombrando a dominicas y dominicos que se han convertido en un importante ejemplo a seguir por uno o varios aspectos de su vida.

Bueno, pues en este pequeño libro vamos a mostrar a san Martín de Porres como el prototipo de algo que, siendo muy importante, a veces lo pasamos por alto, pues lo damos por supuesto. Pero no lo es, pues ser un buen religioso es la base fundamental para

que las personas consagradas vivan el Evangelio y den un buen testimonio de él. Efectivamente, si santo Domingo, santo Tomás o fra Angelico lograron destacar en la predicación, la teología o el arte fue porque, antes que predicadores, teólogos o artistas, fueron buenos religiosos. Ciertamente, se aprende a ser buen religioso en el periodo de formación, sobre todo en el noviciado. Pero es un aprendizaje que dura toda la vida.

Para conocer las diferentes facetas de la vida religiosa de san Martín, nos basaremos en la principal fuente documental que tenemos: los testimonios recogidos en su Proceso de Beatificación¹. Estos textos los hemos adaptado a la lengua castellana actual, con el fin de mejorar su comprensión. También ha sido fundamental el estudio que el historiador José Antonio del Busto ha realizado sobre la figura de san Martín en su obra titulada *San Martín de Porras*², pues aporta un análisis pormenorizado y realista. Hemos consultado, asimismo, la historia de la Provincia de san Juan Bautista publicada por fray Juan Meléndez en los años 1681 y 1682³.

Como nos vamos a centrar en las cualidades como religioso, apenas hablaremos de su faceta de «taumaturgo», es decir, de sus poderes y cualidades sobrenaturales que tanto han destacado sus antiguos biógrafos, y por lo que era muy conocido san Martín.

Antes de analizar la figura de este santo, vamos a conocer el contexto en el que surgieron tanto él, como santa Rosa de Lima, san Juan Macías y fray Vicente Bernedo. Este grupo de destacados dominicos no surgió por azar, sino que es fruto de la observancia regular que se vivía en la Provincia de San Juan Bautista en las últimas décadas del siglo XVI y las primeras del XVII. Y esa observancia fue promovida por la reforma dominicana, la cual fue iniciada dos siglos antes por el Maestro de la Orden beato Raimundo de Capua, inspirándose en su gran amiga santa Catalina de Siena. Así, en los primeros apartados vamos a ver cómo la reforma dominicana fue

¹ Juan de la Cruz PRIETO (ed.), *Proceso de beatificación de fray Martín de Porres*, Secretariado «Martín de Porres», Palencia 1960.

² José Antonio de BUSTO DUTHURBURU, *San Martín de Porras*, Pontificia Universidad Católica de Perú, Lima 2006.

³ Juan MELÉNDEZ, *Tesoros verdaderos de las Yndias en la historia de la gran provincia de San Juan Bautista del Peru de el Orden de Predicadores*, 3 vols., Imprenta Nicolás Ángel Tinassio, Roma 1681-1682.

propagándose hasta llegar a Lima. Afortunadamente, contamos con diversos estudios que nos permiten reconstruir este proceso.

En definitiva, deseamos que este pequeño libro ayude a todos a conocer mejor a este gran santo peruano.

BREVE CRONOLOGÍA

- 1579. Martín nació en Lima, capital del virreinato del Perú. Su padre, Juan de Porras⁴, era un español –nacido en Burgos– de buena familia, caballero de Alcántara, pero era pobre. Por ello convivía con una mulata liberta llamada Ana Velázquez, que había nacido en Panamá. Ambos tuvieron dos hijos: Martín y Juana, los cuales fueron bautizados en la parroquia limeña de San Sebastián. Juana tenía dos años menos que Martín.
- En un principio, Juan no quiso reconocer los hijos que tuvo con Ana, pues al no estar casado con ella, eso le hacía estar en pecado a ojos de la Iglesia y le dejaba en muy mal lugar dentro de la Orden de Alcántara. Pero en pocos años decidió reconocer su paternidad y se hizo cargo de sus hijos. Aunque no se casó con Ana.
- 1586. Con 7 años, Martín viajó con su padre y su hermana a Guayaquil. Allí su padre quiso dejarles en manos de un familiar suyo, don Diego Miranda, pero éste sólo aceptó a la niña. Entonces Juan regresó a Lima con Martín y allí lo puso en manos de Isabel García, para que se encargase de su crianza y educación. Esta señora vivía en Malambo, un suburbio que estaba al otro lado del río Rímac, donde vivían negros⁵, nativos⁶, criollos⁷ y españoles pobres.
- En este periodo Martín aprendió a leer y escribir, y con 12 años recibió el sacramento de la Confirmación de manos del arzobispo santo Toribio de Mogrovejo. También aprendió el antiguo oficio de barbero-cirujano –que viene a equivaler, aproximadamente, con los de peluquero y enfermero–. Y parece que antes trabajó por

⁴ En el documento del Proceso de Beatificación, el apellido de san Martín es «Porras». Pero, dado que este apellido pasó a «Porres», y es así como ahora se le conoce, vamos a referirnos a este santo como fray Martín de Porres, también en los textos del Proceso de Beatificación.

⁵ En el Proceso de Beatificación se llama «negras» a las personas de origen africano, por lo que nosotros hemos optado por conservar esta terminología.

⁶ Empleamos el término «nativo» para hablar de los habitantes oriundos de América. Lo mismo haremos en los textos del Proceso de Beatificación, donde son llamados «indios», término que actualmente resulta demasiado anticuado.

⁷ En la América colonial, el término «criollo» hacía referencia al descendiente de españoles, salvo que expresamente se indicase otra cosa como, por ejemplo, si se trataba de un «negro criollo».

un tiempo con un boticario –es decir, con un farmacéutico–, lo que le ayudó a conocer algunas plantas medicinales.

- 1594. Con 15 años, Martín cambió totalmente su vida, pues movido por el Espíritu Santo, decidió cruzar el río Rímac para solicitar el ingreso en el convento dominicano de Nuestra Señora del Rosario. Dado que era pobre, mulato y, sobre todo, bastardo, los dominicos fueron cautelosos y se limitaron a dejarle ingresar como postulante para ser un mero hermano donado. Los «hermanos donados» constituían la categoría religiosa más baja que había en un convento. Se les llamaba así porque se donaban a sí mismos a Dios y a la comunidad. Por entonces, el prior provincial era fray Salvador Ribera, y estaba comenzando la reforma de la Provincia, para que ésta recuperase la observancia regular dominicana.
- Durante los nueve años que duró su periodo de postulante, le pidieron que desempeñara el oficio de barbero, con lo cual, además de cortar el pelo y la barba de los frailes, también arrancaba muelas y hacía algunas curas médicas. Por entonces, la comunidad de dominicos contaba con unos 150 frailes ordenados y en formación, unos 10 hermanos cooperadores y donados, y unos 20 esclavos negros. Como es obvio, los negros del convento vivían en unas condiciones mucho mejores que en las encomiendas. Básicamente eran sirvientes que trabajaban a cambio de comida, un sitio donde dormir y asistencia médica. Y tenían una zona del convento reservada para ellos.
- 1602. Es elegido prior provincial fray Juan de Lorenzana, un español que había estudiado en Salamanca y ocupaba la cátedra de Prima en la Universidad de San Marcos. Este fraile supo aprovechar su sabiduría y prestigio para apoyar la reforma iniciada por Ribera. Años después, Lorenzana se ocupó de acompañar espiritualmente a Rosa de Santa María, una joven terciaria dominica que llegó a ser una importante referencia para los frailes observantes.
- 1603. Martín tenía ya 24 años y parecía que la comunidad de dominicos no le iba a dejar nunca profesar como hermano donado. Pero, por fin, le admitieron. ¿Intervino en ello fray Juan de Lorenzana?: no lo sabemos. El hecho es que, muy

probablemente, Martín hizo la profesión religiosa ante él y recibió de él el hábito de donado. Dicho hábito consistía en una túnica blanca ceñida con un cinturón de cuero y cubierta con una capa negra.

- Pues bien, una vez que profesó, fray Martín siguió siendo el barbero de la comunidad y le encomendaron el oficio de campanero, debiendo tocar la campana para el rezo de Maitines (a media noche) y al Alba (a las 4:30) para que se levantasen los frailes que debían ponerse pronto a trabajar.
- Hacia 1604 a 1610. Pocos años después le encomendaron, además, otros dos oficios: el de ayudante enfermero y el de encargado de la ropería, la cual estaba en el claustro de la enfermería. En dicho claustro vivió fray Martín desde entonces.
- 1612. Con 33 años, fray Martín comenzó a percibir los efectos de la actuación del visitador fray Alonso de Armería contra sus amigos reformadores. Se abre un periodo de tres años en los que la estricta observancia regular quedó en suspenso. Obviamente, nada hizo el visitador contra fray Martín porque, por muy popular que fuera entre los frailes observantes, era alguien «insignificante».
- 1615. Con 36 años, fray Martín conoce la noticia de que el nefasto visitador ha sido expulsado por el virrey. Y pronto ve cómo sus amigos reformadores regresan al convento, aunque, por desgracia, ese mismo año había muerto fray Juan de Hojeda en la casa de Huánuco, en la que estaba desterrado. Pero fray Martín vio cómo el nuevo prior provincial, el criollo fray Nicolás González de Agüero, vuelve a desplegar la observancia regular propia de la reforma dominicana.
- 1617. Muere en Lima la terciaria dominica Rosa de Santa María. No hay constancia de que Rosa y fray Martín fuesen amigos, aunque es lógico pensar que se conocían, pues andaban dentro del ámbito dominicano y ambos se ocupaban de ayudar a los enfermos y necesitados.
- 1620. Cuando fray Martín tenía 41 años, llegó a Lima un pobre inmigrante español llamado Juan Macías, el cual tenía por

entonces 35 años. Cuenta la tradición que Juan acudió al convento del Rosario a pedir ayuda y fray Martín le acogió muy fraternalmente. El hecho es que pronto se hicieron grandes amigos.

- Hacia 1620. En esa época, la hermana de fray Martín, Juana, que había quedado viuda, se casó en Guayaquil con Agustín Galán de Magdalena. Ambos tuvieron una hija llamada Catalina. Pasados unos años, se fueron a vivir a Lima, a una casa situada a una cuadra del convento del Rosario, y en ella se ganaban la vida alquilando habitaciones a forasteros.
- 1624. Finalizaron las obras de construcción del convento del Rosario. Debido al gran número de vocaciones que los dominicos tenían, este convento albergaba por entonces unos 200 frailes. Y a lo largo del siglo XVII alcanzó la cifra de 250 frailes.
- 1635. Catalina se casó gracias a la ayuda de su tío, fray Martín, pues éste habló con el arzobispo y otras personas para que colaboraran económicamente con la dote. En torno a los años 1633 a 1639 falleció Juana.
- 1639. Con 60 años, a mediados de octubre, fray Martín se contagió de tifus debido a su continuo contacto con la gente más pobre. Y el 3 de noviembre murió. Esta trágica noticia conmovió a la ciudad de Lima. Al funeral acudieron autoridades civiles y eclesiásticas, así como un ingente número de pobres, negros y nativos a los que fray Martín había ayudado.
- 1660. Habían pasado 21 años tras la muerte de fray Martín. Debido al imborrable recuerdo que él había dejado en su comunidad, se abrió su Proceso de Beatificación. A pesar de no ser más que un hermano donado y mulato, que además era bastardo, lo cual entorpecía por entonces la beatificación, los dominicos consideraron que merecía la pena intentarlo.
- 1664. Se trasladaron solemnemente los huesos de fray Martín a una capilla situada en el claustro de la enfermería. A esta ceremonia acudieron el virrey, don Diego de Benavides y de la Cueva, otras autoridades civiles y eclesiásticas, y una gran cantidad de personas que recordaban con cariño a este fraile.

El buen religioso

- 1837. Aquel intento de beatificar a fray Martín no dio frutos a corto plazo, pues hubo que esperar 177 años para conseguirlo. Fue beatificado por el Papa Gregorio XVI. En la misma ceremonia fue también beatificado fray Juan Macías.
- 1938. Un siglo después el Capítulo General de la Orden de Predicadores tomó la decisión de proclamar a fray Martín patrono de los hermanos cooperadores. Ya no había en la Orden hermanos donados. Por ello se le representa iconográficamente con el antiguo hábito de los hermanos cooperadores, es decir, con túnica blanca y con escapulario y capilla negros.
- 1962. Unos meses antes del comienzo del Concilio Vaticano II, el Papa Juan XXIII canonizó a fray Martín, nombrándolo patrón de la justicia social. Su cuerpo es venerado actualmente en la iglesia del Rosario de Lima. Muchos grupos y asociaciones de caridad y justicia social se han puesto bajo la protección de este santo. Dado que en el siglo XX pasó a ser conocido como «fray Escoba», es el patrón de los barrenderos. También es el patrón de los enfermeros.

CONTEXTO HISTÓRICO

DECADENCIA Y REFORMA DE LA ORDEN DE PREDICADORES

Para conocer la espiritualidad de san Martín de Porres hay que retroceder, obviamente, hasta santo Domingo. Pero la figura del fundador de la Orden de Predicadores quedaba ya muy lejos de las dominicas y dominicos de finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII. Y esto es así no sólo porque habían pasado cuatro siglos, sino, sobre todo, porque la espiritualidad dominicana se vio marcada en los siglos XV y XVI por la reforma de la Orden, la cual promovió la estricta observancia de las Constituciones y de la forma de vida dominicana dentro de las comunidades. Y esa observancia se vivía según los parámetros de esa época. Lo mismo nos pasa ahora a los miembros de la Familia Dominicana, que vivimos el carisma de santo Domingo según los parámetros de la espiritualidad eclesial del siglo XXI.

Pues bien, en los siglos XV y XVI la Iglesia promovió en toda la vida religiosa el *movimiento de observancia*. Porque, como es natural, la decadencia que sufrió la Orden de Predicadores en el siglo XIV la sufrieron todas las Órdenes religiosas, el clero secular y la Iglesia en su conjunto. Con el movimiento de observancia, la Iglesia promovió en las Órdenes religiosas la fiel vivencia de su carisma fundacional. Eso es, a la postre, lo que vivieron santa Rosa de Lima, san Martín de Porres y san Juan Macías. Y lo hicieron con tanta excelencia, que fueron canonizados.

Ciertamente, ya se había celebrado el Concilio de Trento (1545-1563) y el Papa san Pío V (1504-1572) se había ocupado de poner en práctica lo determinado por dicho Concilio. Pero la espiritualidad tridentina tardó en difundirse, y parece que apenas afectó a los santos dominicos peruanos.

Decadencia del siglo XIV

Los setenta años que trascurren entre la fundación de la primera comunidad de frailes predicadores en Toulouse -el 25 de abril de 1215- y la elección como Maestro de la Orden de fray Munio de Zamora (1237-1300) -en mayo de 1285- son considerados por los

historiadores como los años de mayor esplendor de la Orden de Predicadores. Es un periodo muy carismático en el que el espíritu de santo Domingo estaba muy presente entre las dominicas y los dominicos, y éste empujaba a los frailes a orar devotamente, a estudiar con gran empeño, a compartir la experiencia de Dios en comunidad y a salir valientemente a predicar el Evangelio. Donde mejor aparece plasmada esta espiritualidad originaria dominicana es en los textos que al respecto escribió el beato Humberto de Romans (ca. 1200-1277), sabiendo que esa efusión dominicana no iba a durar eternamente y era necesario recogerla por escrito para que pudiesen conocerla las siguientes generaciones.

Comenzando por el mandato de fray Munio de Zamora, que transcurrió en los años 1285 a 1291, hubo un periodo en el que los mandatos de los Maestros fueron excesivamente cortos, lo cual perjudicó el buen gobierno de la Orden. Además, ésta había conseguido ocupar un lugar importante dentro de la Iglesia y estaba ya muy institucionalizada. De este modo, podemos considerar que, en buena medida, los tiempos carismáticos de santo Domingo y de las primeras generaciones dominicanas, habían quedado enterrados en el pasado. Y este declive se vio acentuado por las guerras, hambrunas y epidemias que sufrió Europa occidental en el siglo XIV. Asimismo, la corte papal se trasladó a Aviñón en 1309, lo que no gustó en la Cristiandad, sobre todo en Italia.

Pero, sin duda, la peor catástrofe que sufrió Europa en éste, y en muchos siglos, fue la pandemia de peste negra que se desencadenó a partir de 1348, pues en pocos años ésta mató a un tercio de su población. Y quienes peor lo pasaron fueron las comunidades religiosas, ya que muchas abrieron caritativamente sus puertas para atender a los enfermos, y la peste las asoló, quedando reducidas o incluso casi vacías. Por ello, para evitar su cierre, hubo que admitir en la vida religiosa y sacerdotal a muchas personas que no tenían realmente vocación y su nivel espiritual y moral era muy bajo. Esto provocó un drástico declive de la observancia religiosa.

Por ello, pasó a ser normal que religiosas o religiosos adinerados ocupasen zonas enteras de su convento para vivir ahí con sus sirvientes, vistiendo lujosos hábitos confeccionados por sastres, comiendo suculentos menús traídos de fuera y teniendo una ajetreada y disoluta vida social. Esto era algo usual a partir de 1360, y

lo podemos constatar leyendo algunas cartas de santa Catalina de Siena en las que denuncia contundentemente esta decadencia. Veamos, por ejemplo, lo que ella decía en la carta 215, escrita en la década de 1370 a un grupo de monasterios femeninos de Bolonia:

«¡Ay! ¿Dónde está el voto de pobreza de estas miserables hermanas? Porque, con su desordenada solicitud, amor y apetencia por las riquezas del mundo, buscan poseer lo que les está prohibido. Y a su codiciosa avaricia se junta su crueldad con el prójimo. Porque, viendo su monasterio pasando necesidad, y enfermas a sus hermanas, no se preocupan de eso, sino de sus devotos, como si tuvieran que educar una cuadrilla de hijos y dejarlos por herederos. [...]

El cuerpo de estas miserables hermanas, que debería ser dominado gracias al ayuno y la vigilia, con la penitencia y con mucha oración, se encuentra, sin embargo, obsequiado con comodidades y adornado con inapropiados lavados corporales y con alimentos desordenados»⁸.

Santa Catalina de Siena y el beato Raimundo de Capua

En 1374, a fray Raimundo de Capua, que por entonces daba clases de teología en el convento de Santa María Novella, en Florencia, le transfirieron al convento de Siena para ocuparse del acompañamiento espiritual de Catalina, que era una controvertida terciaria dominica que había reunido un gran grupo de discípulos formado fundamentalmente por personas laicas, junto a sacerdotes, frailes y terciarias. Y con ellos organizaba grandes misiones populares por pueblos y ciudades para reconducir a la Iglesia y a la sociedad. A los pocos meses de llegar a Siena, fray Raimundo se convirtió en su principal colaborador y en un entrañable amigo espiritual. Este fraile tenía por entonces 44 años y Catalina 27.

En 1376 ambos acudieron a Aviñón para llevar a cabo una misión diplomática en favor de la ciudad de Florencia y santa Catalina consiguió convencer al Papa Gregorio XI que trasladase la corte papal a Roma. Pero este murió en 1378, después de lo cual se produjo el Cisma de Occidente, pues tras ser elegido el Papa Urbano VI en Roma, un gran grupo de cardenales retornaron a Aviñón y, de

⁸ CATALINA DE SIENA, Transforma tu corazón. Cartas espirituales de santa Catalina de Siena, San Esteban, Salamanca 2019, pp. 190-191.

camino, eligieron al Papa Clemente VII, que emplazó su corte en aquella ciudad, y hubo un grupo de naciones que le apoyaron.

Entonces, Urbano VI pidió a fray Raimundo que llevara a cabo varias misiones diplomáticas y a Catalina la rogó que se estableciera en Roma. Y allí, ella se volcó en hacer todo lo posible por reunificar a la Iglesia: dedicó mucho tiempo a la oración, hizo grandes penitencias, escribió numerosas cartas y se reunió con autoridades civiles y eclesiásticas. Todo ello la dejó tan agotada que enfermó gravemente a comienzos de 1380. Los médicos la recomendaron que regresase a Siena para reposar y recuperarse, pero ella decidió continuar luchando por la Iglesia, aunque eso le costase la vida.

Justo por entonces el Papa había depuesto al Maestro de la Orden fray Elías Raymond, de Toulouse, por apoyar al Papa de Aviñón. Así pues, sabiendo que debía celebrarse un Capítulo General electivo, la moribunda Catalina sacó fuerzas para hablar con influyentes dominicos con el fin de aconsejarles que eligiesen a fray Raimundo, pues ella sabía que él emprendería la reforma de la Orden, pues ambos habían hablado mucho de ello. De hecho, dos meses y medio antes de morir, en la carta 373 Catalina le dice a su amigo fray Raimundo lo siguiente:

«Sed un valiente luchador y nunca os apartéis del mandato que el Papa os ha impuesto. En la Orden, haced lo que creáis oportuno por el honor de Dios, porque esto os lo pide la Bondad y no nos ha destinado a otra finalidad.

Considerad la gran necesidad en que está la santa Iglesia, pues la vemos completamente sola. Así lo manifestó la Verdad, como en otra carta os he escrito. Y así como la Verdad ha quedado sola, así también vos, que sois su esposo»⁹.

Finalmente, Catalina, exhausta, falleció el 29 de abril, el domingo antes de la Ascensión. Tenía 33 años.

Reforma dominicana

Ese mismo año, en 1380, fray Raimundo fue elegido Maestro de la Orden y comenzó a estudiar el modo de comenzar la reforma. Por fortuna, no estuvo sólo en esta empresa, sino que pronto descubrió

⁹ *Ibíd.*, p. 220.

que había un buen grupo de frailes y monjas que deseaban recuperar la antigua observancia regular que santo Domingo había inculcado en su Orden. Dialogando con ellos estableció los requisitos que deberían cumplir las comunidades reformadas. El historiador fray Delfín Castañón los enumera así:

«Cierre de verjas y puertas por la noche; entradas y salidas controladas; restauración de la clausura, de los ayunos, de la abstinencia perpetua de carne y del silencio; celda y vestuario uniformes; pobreza primitiva; y celebración digna de la liturgia comunitaria»¹⁰.

Siguiendo esta base, en 1389 fray Raimundo fundó el primer convento reformado. Estaba situado en Colmar (Alemania). De este modo, la Orden dominicana fue la primera en comenzar la reforma. Obviamente, pronto ésta también abarcó a las comunidades de monjas y terciarias dominicas.

La clave fundamental para que dicha reforma no dividiese a la Orden es que se hizo democráticamente. Es decir, sólo se reformaban las comunidades que así lo decidían en Capítulo, y las hermanas o los hermanos que no querían vivir la observancia no eran expulsados de la comunidad, pero podían transfiliarse a otra si así lo deseaban.

Gracias a eso la reforma se fue abriendo paso en la Orden, sobre todo tras la celebración del Concilio de Constanza (1414-1418), pues en él se dio fin al Cisma de Occidente –eligiendo al Papa Martín V– y se tomaron una serie de medidas jurídicas con vistas a que los Institutos religiosos emprendieran el camino de la reforma. Es en este momento cuando se inicia en la vida religiosa el llamado *movimiento de observancia*, gracias al cual las Órdenes comenzaron a fomentar en sus comunidades la fiel observancia de su Regla y sus Constituciones. Esto, obviamente, aceleró el proceso reformador en la Orden de Predicadores, que por entonces llevaba casi treinta años en marcha.

Otro año importante fue 1475. Es entonces cuando se reformó la primera provincia: la alemana. Y, sobre todo, ese año el Papa Sixto IV concedió a las comunidades de la Orden el derecho de adquirir propiedades. Esto fue muy importante, porque lo que más frenaba el

¹⁰ Delfín CASTAÑÓN, *Historia de la Orden de Predicadores*, Edibesa, Madrid 1995, p. 157.

desarrollo de la reforma era la imposibilidad de muchos conventos de vivir exclusivamente de las limosnas. Éste era un elemento fundamental de la reforma iniciada por fray Raimundo de Capua, pues deseaba el retorno a la pobreza radical que santo Domingo introdujo en las primeras Constituciones, de 1220, que prohibían tajantemente a los conventos de frailes tener propiedades o rentas. Pues bien, una vez salvada esta dificultad, la reforma acabó imponiéndose en la Orden.

Se considera que 1505 es el año en el que la reforma se impuso definitivamente en la Orden de Predicadores, pues el Papa Julio II pidió a todos los superiores dominicos que promovieran la observancia regular en sus comunidades. Aunque aún quedaban muchas comunidades por reformar.

Pero no se borraron de la memoria de la Orden aquellas décadas oscuras y decadentes del siglo XIV, en las que la vida conventual se deterioró hasta niveles extremos. Por eso, el movimiento de observancia siguió presente en las comunidades dominicanas durante más de dos siglos, velando para no caer en aquellos errores pasados. Este movimiento fue reemplazado en la primera mitad del siglo XVII por la disciplina tridentina, como veremos más adelante. Bueno, pues los santos peruanos forman parte de la última generación de dominicas y dominicos que vivieron la espiritualidad promovida por el movimiento de observancia.

REFORMA Y ULTRARREFORMA EN LA PROVINCIA DE ESPAÑA

Beato Álvaro de Córdoba y fray Luis de Valladolid

El camino espiritual que nos lleva a hasta san Martín de Porres salta ahora a Castilla, pues fueron frailes españoles los que crearon las primeras comunidades de la Orden de Predicadores en Perú y llevaron con ellos el movimiento de observancia.

Dado que el reino de Castilla apoyó al Papa de Aviñón, la reforma llegó a la Provincia de España tras finalizar el Concilio de Constanza. De hecho, fray Luis de Valladolid (ca. 1375-1436) acudió en 1418 a dicho Concilio para pedir permiso al nuevo Papa, Martín V, para poder comenzar la reforma en la Provincia de España. Y el Papa

le autorizó a fundar seis conventos reformados. Además, el Capítulo General de 1421 ordenó a cada Provincia fundar, al menos, un convento reformado.

Tomó en aquel momento protagonismo el beato Álvaro de Córdoba (ca. 1360-1430), que por entonces estaba asignado al convento de San Pablo de Valladolid, donde era profesor junto a fray Luis, pues fue él quien se ocupó de llevar a cabo la fundación del primer convento reformado en la península ibérica. Y lo hizo a las afueras de su ciudad natal, Córdoba, con la ayuda económica que fray Luis y él consiguieron del rey Juan II de Castilla. Así, a siete kilómetros de Córdoba, en las estribaciones de Sierra Morena, fundó en 1423 el convento de Santo Domingo de Escalaceli, para poder vivir en él según la estricta observancia de la reforma dominicana. La primera comunidad constaba de 9 frailes. Este convento era –y sigue siendo, en cierto modo– una «recoleta». Veamos en qué consistía.

Conventos apartados dominicanos

Sobre todo en el ámbito hispano, los religiosos mendicantes que seguían el movimiento de observancia fundaron muchos «recoletorios» o «recoletas». Se trataba de conventos pequeños y austeros, situados a las afueras de las ciudades, aunque a veces estaban emplazados en medio del campo o en la cima de una montaña, donde una pequeña comunidad de frailes se retiraba para vivir en estricta observancia. Llevaban una vida muy ascética y dedicaban mucho tiempo a la oración. Aunque los frailes hacían vida fundamentalmente contemplativa, algunos de ellos también salían a predicar, sobre todo en los pueblos del entorno.

Los que más fomentaron este tipo de conventos fueron los franciscanos. De hecho, en ellos se generó en España el movimiento de los *franciscanos recogidos* a finales del siglo XV, y éste fue el iniciador de la escuela mística española del siglo XVI. En cambio, entre los dominicos, aunque también fundaron conventos apartados, no se generó un movimiento de «dominicos recogidos».

La importancia espiritual de este tipo de conventos la podemos constatar en fray Luis de Granada (1504-1588), que tras acabar sus estudios en el Colegio de San Gregorio de Valladolid, fue asignado al convento de Escalaceli y allí vivió unos diez años. Él mismo reconoce

el mucho bien interior que le hizo aquella experiencia, siendo fundamental para llegar a ser uno de los más insignes predicadores y maestros espirituales del siglo XVI.

Pues bien, era muy normal que los frailes que vivían en conventos convencionales, se hospedaran algunos días o durante varias semanas en un convento apartado para hacer un retiro espiritual. Asimismo, las comunidades que vivían en estos conventos servían de ejemplo y estímulo al resto de comunidades para vivir con estricta observancia el carisma fundacional.

En la actualidad, además de Escalaceli, se conservan en la Provincia de Hispania otros dos antiguos conventos apartados: el de Nuestra Señora de la Peña de Francia (a 80 kilómetros al oeste de la ciudad de Salamanca) y el de Nuestra Señora de Montesclaros (en el sur de Cantabria). Aunque estos conventos han perdido su carácter original, siguen siendo un lugar muy apropiado para hacer un retiro espiritual.

La ultrarreforma de fray Juan Hurtado de Mendoza

Tras la fundación de Escalaceli, la reforma de la Provincia de España siguió su curso, comandada desde el convento de San Pablo de Valladolid. Sin embargo, el otro gran convento dominicano de Castilla, San Esteban de Salamanca, se resistió todo lo que pudo a formar parte de los dominicos reformados, alegando que ya vivía la observancia regular. Por ello, la reina Isabel la Católica tuvo que intervenir personalmente en 1486 para que San Esteban pasase a formar parte de los conventos reformados.

Por entonces, Juan Hurtado de Mendoza, que había nacido en Salamanca hacia 1460, era laico y estaba estudiando en la Universidad de esta ciudad. En 1492 participó en la conquista de Granada –a los musulmanes– y al año siguiente, dada su brillante inteligencia, daba clases de retórica en la corte de los Reyes Católicos y éstos le confiaron algunas misiones diplomáticas. Al año siguiente, con 33 años, ingresó en el noviciado del convento dominicano de Piedrahíta, y allí conoció las noticias que llegaban de Florencia, donde fray Jerónimo Savonarola (1452-1498) estaba intentando purificar la vida de los ciudadanos de Florencia y llevaba a cabo una reforma en la

Congregación de Lombardía, que ya estaba reformada. De ahí que lo podamos definir como «ultrarreforma».

Bueno, pues fray Juan Hurtado quedó tan impresionado con la obra de Savonarola, que comenzó a vivir fervorosamente la austeridad y la observancia, dedicando mucho tiempo a la oración. Con 35 años, mientras estudiaba lógica en el convento, daba clases de gramática. Pero, sobre todo, destacaba como gran predicador. Dice el historiador fray Vicente Beltrán de Heredia:

«Siendo, por otra parte, celosísimo de la salvación de las almas, no perdonaba ni medio sacrificio para atraerlas al buen camino, multiplicando su esfuerzo y procurando que los demás se consagrasen con ahínco al sagrado ministerio. En la práctica del mismo, como los Apóstoles, como santo Domingo, quería que el religioso acomodase el tenor de su vida a la doctrina del Evangelio que predicaba, para tener ascendiente sobre los que le escuchaban»¹¹.

Su gran capacidad intelectual movió a sus superiores a trasladarlo en 1496 al convento de San Esteban de Salamanca, para que siguiera estudiando. Cuatro años después, cuando tenía 40 años, comenzó a dar clases de Sentencias en San Esteban. Pero en 1502 Hurtado tuvo que dejar este oficio porque el Capítulo Provincial le trasladó al convento de Santo Tomás de Ávila, para que allí fuese profesor de teología y regente del Estudio General. Además, en 1504 fue elegido prior de aquella comunidad.

Pero a los dos años, en 1506, tuvo que regresar a San Esteban porque había sido nombrado maestro de estudiantes, dos de los cuales eran fray Pedro de Córdoba (1482-1521) y fray Antón de Montesinos (ca. 1479-1540), que habían ingresado en el convento en torno a 1501. Sus discípulos, años más tarde, afirmaban que Hurtado les inculcó el valor de vivir con austeridad y pobreza, les mostró lo importante que es tener espíritu de sacrificio, les hizo amar la oración y el estudio y, sobre todo, les transmitió su gran celo por la predicación. En 1508 Hurtado participó en el Capítulo General de

¹¹ Vicente BELTRÁN DE HEREDIA, *Historia de la reforma de la Provincia de España (1450-1550)*, Instituto Histórico de los Frailes Predicadores, Convento de Santa Sabina, Roma 1939, p. 144.

Roma, y fray Tomás Cayetano, que allí había sido elegido Maestro de la Orden, quedó impresionado por su brillantez y carisma.

Al año siguiente el Capítulo Provincial volvió a enviarlo a Ávila, donde, de nuevo, fue elegido prior. También fueron enviados a Ávila fray Pedro de Córdoba y fray Antón de Montesinos. Y en 1510 Hurtado les vio partir hacia América, entre el primer grupo de misioneros dominicos que salía hacia aquellas lejanas tierras. En 1513, tanto Cayetano como el rey Manuel I de Portugal le encomendaron la misión de reformar a los dominicos portugueses, nombrándole Vicario General. Pero Hurtado pronto se dio cuenta de que aquellos frailes no querían la reforma y regresó a España. En 1515 el Capítulo General le otorgó el título de Maestro en Teología y ese mismo año fue nombrado, otra vez, regente del Estudio General de Ávila.

Dos años después fue elegido prior de San Esteban, pero en 1519 fue depuesto y reemplazado por un opositor: fray Bernardo Manrique. Esto lo aprovechó Hurtado, que por entonces tenía 59 años, para poner en marcha dentro de la Provincia de España una ultrarreforma, pues contaba con el apoyo de fray García de Loaisa, que había sido elegido Maestro de la Orden el año anterior. Así, en 1520, Hurtado fundó dos conventos, uno en Talavera de la Reina (Toledo) y otro en Mombeltrán (Ávila). Ambos conventos debían vivir según la estricta pobreza que santo Domingo quiso para su Orden, es decir, de las limosnas, no pudiendo tener rentas ni propiedades.

Pues bien, en 1522 Hurtado volvió a ser elegido prior de San Esteban, y decidió emprender la ultrarreforma de esta comunidad. Si bien no pudo hacer que el convento viviese exclusivamente de las limosnas, porque era materialmente imposible, dado que contaba con unos 200 frailes entre los que había una alta proporción de estudiantes, sí consiguió inculcar una gran austeridad de vida. Asimismo, hizo que los frailes, sobre todo los jóvenes, se esmerasen en estudiar con ahínco, para después ser buenos teólogos y predicadores. De hecho, las homilias de Hurtado en la iglesia de San Esteban se hicieron famosas, y muchos estudiantes de la Universidad ingresaron en el convento movidos por el carisma de este fraile. Dice al respecto fray Vicente Beltrán de Heredia:

«El prestigio con que [Hurtado] inauguró en Salamanca su segundo priorato contribuyó a que arraigase en aquella numerosa comunidad, si no la práctica de la absoluta pobreza como se había establecido en Talavera, al menos el espíritu de austeridad de vida y la aplicación intensa al estudio que constituye el ideal dominicano. Los historiadores de la casa describen admirados el fervor religioso que bajo su gobierno se despertó en San Esteban y lo mucho que contribuyó al florecimiento de los estudios, preparando el campo en que había de actuar poco después el maestro Francisco de Vitoria. Su elocuencia arrebatadora iba poblando el convento de sujetos excelentes de formación universitaria»¹².

En 1523 Hurtado fundó un convento en las afueras de Madrid: Nuestra Señora de Atocha. En esa época, Carlos V le ofreció el arzobispado de Granada y de Toledo, pero Hurtado siempre rehusó aceptar este tipo de cargos. Bueno, pues estando predicando en la corte durante la Semana Santa de 1525, Hurtado falleció repentinamente en el convento de Atocha. Tenía 65 años. Pero su movimiento ultrarreformador siguió vivo en San Esteban y en otros conventos de la Provincia de España, pues sus discípulos supieron mantenerlo y llegaron a fundar otros cuatro conventos ultrarreformados.

Al año siguiente de su muerte, llegó a San Esteban fray Francisco de Vitoria para ocupar la cátedra de Prima de la Universidad de Salamanca, la más prestigiosa de España. Y, como es bien sabido, éste gran teólogo hizo fructificar entre los jóvenes dominicos el amor al estudio que Hurtado había dejado en ellos.

Así, la estricta observancia se siguió viviendo en el convento de San Esteban durante todo el siglo XVI, y fue llevada a América por los misioneros y teólogos que de éste y de otros conventos partieron hacia allá. Lo veremos más adelante.

Espiritualidad tridentina

Vamos a hacer ahora un pequeño inciso para hablar de lo que supuso el Concilio de Trento, desarrollado en tres sesiones repartidas entre los años 1545 al 1563. Sabemos que este Concilio se celebró

¹² *Ibíd.*, p. 163.

fundamentalmente para hacer frente a la Reforma protestante, la cual animaba a relacionarse con Dios por medio de la lectura y meditación de los textos bíblicos, que ellos tradujeron a la lengua nativa de cada región. Asimismo, rechazaban totalmente la jerarquía de la Iglesia católica, la intercesión de la Virgen María y de los santos, y la presencia física de Cristo en la Eucaristía. Frente a ello, la Iglesia católica desarrolló una espiritualidad en la que los sacramentos, la jerarquía eclesial y las devociones desempeñaban un papel fundamental.

Para evitar desviaciones, en el seno de la Iglesia se puso en entredicho la espiritualidad mística –en la que el creyente se deja guiar interiormente por el Espíritu Santo– y se reforzó la espiritualidad ascética, obligando a los cristianos a asistir a la Eucaristía y animándoles a hacer oración vocal –recitando oraciones– y a hacer obras caritativas. A nivel religioso, poco a poco, se fue reemplazando la vivencia de la observancia regular por el disciplinado cumplimiento de las normas.

Estos cambios no se llevaron a cabo rápidamente, sino que transcurrieron unos cincuenta años hasta que los religiosos y el pueblo fiel los asumieron plenamente en los países europeos. Y esto se prolongó aún más en otros continentes, donde todo llegaba con mucho retraso. Por ello, podemos decir que, probablemente, hasta la década de 1630 no se sintieron plenamente los efectos del Concilio de Trento en Perú. Es decir, que hasta entonces se siguió viviendo la observancia promovida por la reforma. Como es obvio, muchos de los religiosos que fueron formados según la espiritualidad observante, como es el caso de san Martín y san Juan Macías, la siguieron viviendo aunque ya se hubiese generalizado la disciplina tridentina.

Sin embargo, cuando se escribieron las primeras vidas o «hagiografías» de estos santos, en la segunda mitad del siglo XVII, la espiritualidad tridentina estaba totalmente implantada, por lo que sus autores se vieron forzados a reflejar dicha espiritualidad. Por ello encontramos que estos escritos ensalzan mucho los ejercicios ascéticos, las obras de caridad y los actos milagrosos, pero atenúan enormemente la experiencia mística. Y esto ha sido así hasta que el Concilio Vaticano II (1962-1965) reemplazó la espiritualidad tridentina.

REFORMA DE LA PROVINCIA DE SAN JUAN BAUTISTA DE PERÚ

Orígenes de esta Provincia

Entre los años 1531 y 1535 Francisco Pizarro y sus compañeros capturaron y ejecutaron al soberano inca Atahualpa, conquistaron Cuzco y Quito y fundaron la Ciudad de los Reyes que, con el tiempo, acabó llamándose Lima. En un principio llegaron a ser nueve los dominicos que se iban a sumar a la expedición de Pizarro con el fin de proteger a los nativos. Pero, viendo que las tropas españolas no estaban dispuestas en absoluto a respetar a los nativos, decidieron regresar a sus conventos y sólo se quedó fray Vicente Valverde, que acompañó a las tropas españolas en la conquista y fue nombrado Obispo de Cuzco en 1535. Este fraile ha quedado como una figura controvertida. Pero es muy llamativo el hecho de que sean los conquistadores españoles los que hablen mal de él. Así lo explica el historiador fray Miguel Ángel Medina:

«Se pretende hacerlo pasar por violento y hasta cruel y le vemos como amigo de los indígenas y depositario de su confianza; el Inca Manco le aprecia y reverencia; el rey le presenta para primer obispo del Cuzco y le confía el cargo de protector de los indios. Atahualpa no parece odiarle, pues acepta sus enseñanzas y el bautismo. Algunas comunicaciones le presentan como hombre dominado por violentas pasiones, mientras que para otros es un hombre de todo elogio. Y yo me pregunto: ¿no habrá sido esta mala prensa inventada para vengarse por su decidida actuación en favor de los naturales cuando fue obispo? Ciertamente fue un gran obispo, defensor de los naturales y preocupado por la evangelización y bienestar de los mismos, lo cual es suficiente motivo para que se le dedique un estudio histórico que esclarezca definitivamente su figura»¹³.

Valverde se preocupó de reforzar la presencia dominicana en aquellas tierras recién conquistadas. Así, en 1536 llegaron dos dominicos a Lima y al año siguiente lo hicieron otros 12 frailes,

¹³ Miguel Ángel MEDINA, Los dominicos en América. Presencia y actuación de los dominicos en la América colonial española de los siglos XVI-XIX, Maphre, Madrid 1992, pp. 221-222, nota 3.

provenientes de conventos situados en tierras americanas y españolas. Y a finales de 1539 el Maestro de la Orden fray Agustín Recuperati logró que el Papa Pablo III firmara la bula de fundación de la Provincia de San Juan Bautista, separándose de la Provincia de la Santa Cruz, cuya sede central estaba en la isla de La Española.

Esta nueva Provincia ocupaba un amplísimo territorio que abarcaba las tierras conquistadas en las actuales Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Chile y Argentina. El primer prior provincial fue fray Tomás de San Martín, que había ingresado en el convento de San Pablo de Palencia en 1494 y después fue profesor de teología en el Colegio de Santo Tomás de Sevilla. Pues bien, a partir de una ermita, en 1541 comenzó a construirse en Lima el convento del Rosario. Llegó a ser un inmenso y bello edificio cuya construcción duró 83 años¹⁴.

Aunque la Provincia contaba por entonces con unos 35 o 40 frailes, lo primero que decidieron en Capítulo fue expandirse por las tierras recién conquistadas, con el fin de proteger y evangelizar a los nativos. Así, en 1544 ya tenían 10 presencias, con conventos en Lima, Cuzco y Arequipa, y casas o «cabeza de doctrina» en Chuquiabo, Quito, Huánuco, Chíncha, Guailas, Xuaxa y Guamanga. Las «doctrinas» eran territorios que las autoridades civiles y eclesiásticas encomendaban a los misioneros para evangelizar a la población.

En 1542 el emperador Carlos V y el Consejo de Indias promulgaron las *Leyes Nuevas de Indias* gracias a la actuación conjunta de fray Bartolomé de las Casas y fray Francisco de Vitoria. Esta nueva legislación ponía a los nativos americanos bajo la protección de la corona española, prohibiendo su esclavización. Asimismo, se prohibía la incorporación de nuevos territorios por medio de la fuerza. A nivel práctico, las *Leyes Nuevas de Indias* hicieron que los misioneros tuviesen en el virreinato de Perú una gran autonomía para evangelizar en las doctrinas, ejerciendo en ellas de jueces, formando comunidades indígenas y dejando que los caciques las gobernasen. Esto creó cada vez más protestas por parte de los encomenderos pues se veían en dificultades para someter a los nativos.

¹⁴ Cf. BUSTO, p. 22.

Como es sabido, las *encomiendas* eran explotaciones agrarias o mineras que la corona española ponía en manos de los encomenderos para que estos las gestionasen y pagasen un tributo. Para ello, los encomenderos podían emplear como mano de obra a los habitantes de sus tierras. Pero debían hacerlo según las *Leyes Nuevas de Indias*. Esto era así sólo teóricamente, porque en la práctica no se cumplían dichas leyes.

En 1548 ya había unos 100 frailes en aquella amplia Provincia sudamericana, y se habían enviado misioneros a los Andes, el Amazonas y el Cono Sur, y ya se había creado un centro de teología en el convento del Rosario de Lima. Llegado el año 1551 se decidió separar de la Provincia de San Juan Bautista el territorio que ocupaba el Nuevo Reino de Granada, cuya capital era Santafé de Bogotá, creando allí la Provincia de San Antonino. Y ese mismo año fray Tomás de San Martín fundó la Universidad de San Marcos, en lo que era el centro de teología del convento del Rosario de Lima.

Pero se produjo un gran cambio en 1556, cuando Felipe II accedió al trono, pues quitó el poder a los frailes en las doctrinas y lo puso en manos de los encomenderos. Esto provocó, a su vez, una airada protesta de los caciques, que nombraron como representante suyo al dominico fray Domingo de Santo Tomás. Esto originó un conflicto entre dos bandos: uno lo formaban los dominicos y los nativos, y el otro el virrey y los encomenderos. Y dicho conflicto se extendió por Perú, Quito y Chile. Como es obvio, los dominicos y los nativos tenían todas las de perder.

Las cosas empeoraron aún más en 1559, cuando fue nombrado virrey don Francisco de Toledo, pues llegó a Perú con el objetivo de mejorar los ingresos de las arcas reales, pues España estaba en bancarrota a causa de sus guerras europeas. Para ello dio aún más poder a los encomenderos, a costa de los nativos. Si bien el prior provincial fray Alonso de la Cerda, apoyado por sus hermanos, atacó duramente las medidas injustas que tomó el nuevo virrey, poco se pudo hacer. De hecho, el virrey obligó a los dominicos a acatar los mandatos de las autoridades.

Así, se forzó a la Orden a enviar a un visitador, fray Domingo de la Parra, con la autoridad necesaria para corregir los «errores» que encontrase entre sus hermanos de la Provincia de San Juan Bautista.

Asimismo, se arrebató a los dominicos la Universidad de San Marcos, que en 1571 pasó a estar en manos de la corona como Universidad Real y Pontificia. A algunos dominicos se les sometió a juicios inquisitoriales y le quitaron a la Orden las doctrinas de Chucuito, que era una zona minera muy rica.

A pesar de todo esto, la Provincia de San Juan Bautista seguía creciendo en número de frailes, gracias a los que venían de otras Provincias y, sobre todo, por el gran número de vocaciones criollas que por entonces ingresaban en los conventos dominicanos. Y a medida que los frailes criollos iban profesando, ordenándose y acabando sus estudios, iban ocupando cargos de responsabilidad a nivel conventual, eclesial y universitario, a costa de los frailes que venían de España, que se iban quedando sin poder.

De hecho, se conserva en el Archivo General de Indias una amarga protesta dirigida al rey Felipe II, escrita en 1591 por fray Tomás Durán y Ribera, un fraile español que llevaba 30 años en América, y al que los frailes criollos no le dejaron participar en unas oposiciones a la cátedra de quechua de la Universidad de San Marcos, pues éstos consideraban que sólo ellos podían ocuparla. Dice lo siguiente:

«Esta Provincia [...] después de haberla fundado y honrado frailes de España, está ahora en manos de muchachos criollos que no tienen fuste en cosa ninguna y aunque muestran alguna apariencia, es de poco momento, porque salen sometidos a la tierra como los árboles de ella: con un poco de vicio y sin fruto. Y a los que habían de regar estas plantas y darles lustre, que son los que viniendo de España envejecieron acá con los trabajos, los han arruinado, tratándoles peor que los egipcios a los hijos de Israel»¹⁵.

Bueno, pues el notable incremento de conventos y casas motivó en el año 1584 una nueva partición de la Provincia de san Juan Bautista, desgajándose de ella la Provincia de Santa Catalina de Quito

¹⁵ Bernard LAVALLÉ, «Los Dominicos de Lima (1565-1625). Paradojas y prefiguraciones del primer criollismo conventual peruano», en *Los Dominicos en el Nuevo Mundo. Actas del III Congreso Internacional. Granada, 10-14 de septiembre de 1990*, Deimos, Madrid 1991, p. 379 (20-IV-1591, A.G.I. Lima 318). Hemos adaptado el texto al castellano actual para facilitar su comprensión.

y la Provincia de San Lorenzo Mártir de Chile. Es decir, la Provincia de San Juan Bautista pasó a ocupar, básicamente, el territorio que abarcan actualmente Perú y Bolivia, la cual era por entonces el «Alto Perú».

Fray Salvador de Ribera y el comienzo de la reforma peruana

Por desgracia, en la década de 1580 la Provincia de San Juan Bautista empezó a dar signos de decadencia. El motivo es muy sencillo: los dominicos tenían demasiado dinero. Pensemos que la Provincia peruana ocupaba un territorio en el que había minas muy importantes, destacando la de Potosí –situada a 4000 metros de altitud, en pleno altiplano andino– en cuya población los dominicos estaban presentes desde la década de 1540. Dejemos al historiador Bernard Lavallé que nos explique la situación:

«Hacia finales del siglo XVI, la Provincia dominica del Perú, llamada de San Juan Bautista, había alcanzado ya una fama indudable. Era, entre otras cosas, la más antigua del virreinato, la que mayor número de frailes tenía, entonces la más rica y, a pesar de la nueva competencia que le hacía la flamante Compañía de Jesús, seguía atrayendo a los hijos de muchas familias encumbradas. En el seno de la Orden misma se la consideraba no sin razón como la de más recursos. Lo prueba el que para los Capítulos Generales fuera la Provincia de la que se exigía la contribución financiera más elevada. En 1589 tuvo que abonar 50 escudos de oro, cuando su homóloga de Nueva España daba tan sólo 30 y otras de rancio arraigo como las de Castilla o Andalucía, respectivamente, 35 y 30. En 1605 se le impusieron 358 escudos, esto es un 50 por 100 más que las Provincias de Lombardía o Castilla y el 25 por 100 más que la de México»¹⁶.

Y así, la próspera Provincia peruana se degeneró religiosamente. Y eso ocurrió porque, cuando contamos con mucho dinero, tenemos la tentación de dejar de pensar que estamos en manos de Dios. Y cuando eso ocurre, la vida espiritual se deteriora enormemente. Como es obvio, éste era un problema en el que estaban inmersas todas las Órdenes presentes en Perú, pues todas tenían

¹⁶ *Ibíd.*, p. 375.

muchos ingresos económicos. Y también se vio reflejado en la ciudad de Lima, la capital del virreinato, que pasó a ser una de las más bellas ciudades del mundo.

Pues bien, en 1594, fue elegido prior provincial el criollo fray Salvador de Ribera, que era catedrático en la Universidad de San Marcos. Este fraile, años atrás, había estudiado en Salamanca y había conocido de primera mano la austeridad que se vivía en el convento de San Esteban, y la pasión con la que allí los frailes estudiaban y predicaban. Por eso, no le costó darse cuenta de cómo la abundancia en la que vivía la Provincia de San Juan Bautista estaba haciendo mella en la observancia regular, en el estudio y la predicación.

Esto le movió a comenzar una reforma en la que se promovió que los frailes no se acomodasen en la plácida vida conventual, sino que se esmerasen en estudiar –para ser buenos profesores en la Universidad de San Marcos–, que saliesen a predicar a los lugares más difíciles y complicados –es decir, a los campos, a la selva y al altiplano–, y sobre todo, que fuesen austeros a nivel individual y comunitario.

Una de las primeras medidas que tomó fue pedir a las comunidades que ahorrasen al máximo en los gastos comunitarios, e invirtiesen dicho dinero en ayudar a los más necesitados. De ahí estas sorprendentes cifras que nos da el historiador José Antonio del Busto sobre el convento del Rosario:

«Sus holguras eran tales que se permitía dar bajo el rubro de limosnas: 246 panes de a cuartillo cada día, amén de dos canastas de pan grande; pescado las cuaresmas, viernes y sábados, así como menestras; carne de 15 carneros cada domingo para las mujeres españolas pobres de la capital; y carne de otros 21 borregos semanales para los menesterosos que acudían a la portería»¹⁷.

Efectivamente, los frailes reformadores decidieron gastar ayudando a los pobres el excesivo dinero que tenían los conventos dominicanos. Y eso no gustó a todos. De hecho, sabemos que Ribera se topó con la oposición de los dos anteriores provinciales, que también eran criollos. Se trata de fray Domingo de Valderrama (prior

¹⁷ BUSTO, p. 105.

provincial en los años 1586-1590) y fray Agustín Montes (prior provincial en los años 1590-1594). Este conflicto perduró más de diez años, pero, por fortuna, triunfó la observancia regular peruana. Y eso fue así gracias al incondicional apoyo prestado por varios importantes dominicos, entre otros, los dos que vamos a conocer a continuación.

Aunque fray Salvador de Ribera tenía fama de tener un carácter muy fuerte, a comienzos del siglo XVII fue nombrado obispo de Tucumán y poco después de Quito. Si bien este fraile se enorgullecía ante las autoridades españolas de sus orígenes hispanos, siendo obispo destacó por ser un convencido criollista, pues procuró anteponer a los nacidos en América a los llegados desde España. Murió con 67 años en Quito, el año 1612.

Fray Juan de Lorenzana y fray Diego López de Hojeda

Juan nació en León (España) hacia 1552, fue enviado por su familia a estudiar a Salamanca y cuando tenía 20 años profesó en el convento de San Esteban. A mediados de siglo, en aquel convento se vivía el humanismo renacentista, la observancia regular que había promovido fray Juan Hurtado de Mendoza y había un buen grupo de teólogos discípulos de fray Francisco de Vitoria, el cual había fallecido en 1546 con 63 años. La cátedra de Prima estaba ocupada por fray Bartolomé de Medina y en 1581 le sucedió fray Domingo Báñez.

Ciertamente, en esta época la Universidad de Salamanca estaba en su máximo apogeo, y Lorenzana supo aprovecharse intelectualmente de ello. En 1583 acabó sus estudios y fue enviado al convento de San Pablo de Burgos para dar clases de teología. Cuatro años después fue a dar clases a Toledo. Los historiadores de San Esteban lo definen así:

«Hombre no sólo de insigne literatura, sino grave y compuesto en sus costumbres, y muy celoso de la regular observancia, por lo que era muy respetado en su Provincia»¹⁸.

¹⁸ Águeda M. RODRÍGUEZ CRUZ, «Juan de Lorenzana, universitario salmantino y catedrático de la Universidad de San Marcos de Lima», en José BARRADO (ed.), *Los Dominicos en el Nuevo Mundo. Actas del II Congreso Internacional. Salamanca, 28 de marzo – 1 de abril de 1989*, San Esteban, Salamanca 1990, pp. 381-401, p. 386.

Bueno, pues con unos 38 años, hacia 1590, fue enviado al convento del Rosario de Lima y pronto ocupó la cátedra de Prima de la Universidad de San Marcos, fue nombrado consultor de la Inquisición y pasó a ser consejero del virrey y del arzobispo.

Obviamente, nada más llegar a Lima se dio cuenta de la dejadez espiritual que se vivía en el convento. Por ello, decidió emplear su prestigio para inculcar entre sus hermanos la observancia regular, dando un buen ejemplo, a pesar de que su rango y responsabilidades le excusaban de hacerlo. De hecho, acudía a todos los actos comunitarios que le era posible, predicaba con gran pasión –aunque en la iglesia sólo hubiese unas pocas personas– y ayudaba solícitamente a los fieles por medio del acompañamiento espiritual y el sacramento de la Reconciliación. También se esforzó en ser un buen profesor, por lo que en la Universidad era muy querido por sus alumnos.

Estando así las cosas, en 1600 el Capítulo General le confirió el grado de Maestro en Sagrada Teología. Además, ese mismo año fue elegido prior del convento del Rosario y dos años más tarde fue elegido prior provincial. Pues bien, supo aprovechar este cargo para continuar la reforma emprendida por Ribera. Así, decidió imitar a los franciscanos y ordenó construir a las afueras de Lima una recoleta que albergara una observante comunidad, la cual sirviese de ejemplo y estímulo para el resto de los frailes.

En efecto, los franciscanos habían fundado la recoleta de Nuestra Señora de los Ángeles en 1595, con buenos resultados. Por ello, los dominicos fundaron la recoleta de Santa María Magdalena en 1605, cuando finalizaba el mandato de Lorenzana. Al año siguiente los mercedarios fundaron la recoleta de Nuestra Señora de Belén y ya en 1620 los agustinos fundaron la de Nuestra Señora de la Guía¹⁹. Esto muestra que la reforma abarcó a todas las Órdenes mendicantes en Perú.

Así describe el historiador limeño fray Juan Meléndez (ca. 1640-1690) el provincialato de Lorenzana:

«El maestro fray Juan de Lorenzana después de haber gobernado su Provincia con toda paz y equidad, y mostrado en

¹⁹ Cf. Busto, p. 22.

su gobierno cuanto puede la virtud, y el buen ejemplo en el superior, para contener en observancia a los súbditos, habiendo visitado la Provincia dos veces hasta el último convento de la Villa de Tarija, y tres hasta la de Huancauilca, y habiendo edificado en su tiempo mucho en la mayoría de los conventos, y particularmente en el de Lima [...] y habiendo hecho la obra de la fundación del convento de la Magdalena [...] que tanto lustre ha dado a la Provincia, acabó gloriosamente su oficio»²⁰.

Lorenzana dejó una Provincia sólidamente asentada. Contaba con unos 400 frailes, la mayoría de los cuales eran criollos. Había 19 conventos emplazados en ciudades y otros 10 situados en pueblos. Y se atendían pastoralmente 73 doctrinas. Fue sucedido en el cargo de provincial por otro reformador: fray Francisco de Vega, pero éste murió en 1609, antes de finalizar su mandato, y la Provincia de San Juan Bautista quedó en una situación muy inestable.

Esto propició que la Orden enviara a un visitador al que se le dotó de la autoridad suficiente para poner las cosas en su sitio. Se trata de fray Alonso de Armería, un fraile de la Provincia de México. Pero éste no se trasladó inmediatamente a Lima, sino que se demoró dos años, en los cuales un grupo de dominicos criollos eligieron en 1611 como prior provincial a fray Nicolás González de Agüero, de la línea reformadora de Ribera, Lorenzana y Vega. Esta elección se realizó ilegalmente, pues el Maestro de la Orden había ordenado que no se celebrase ningún Capítulo Provincial hasta que estuviese presente el visitador. Esto, como es lógico, acentuó la confrontación entre los dos bandos. En este conflicto también estuvo inmerso un gran teólogo, predicador y literato: fray Diego de Hojeda.

Había nacido en Sevilla (España) hacia 1571 y, dado que no le dejaban ingresar allí en la Orden de Predicadores –probablemente porque era de familia de judíos conversos–, decidió probar suerte en Lima, ingresando en el noviciado del convento del Rosario en 1590. Pronto destacó como un buen fraile observante, siguiendo la espiritualidad propuesta por el provincial Ribera y el buen ejemplo del profesor Lorenzana.

²⁰ Juan MELÉNDEZ, *op. cit.*, tomo 2, p. 76; BUSTO, p. 396. Hemos adaptado el texto al castellano actual para facilitar su comprensión.

En 1600 Hojeda acabó los estudios de teología en la Universidad de San Marcos y en 1606 fue asignado a la recién fundada recoleta de la Magdalena, deseando apoyar desde ella la reforma de la Provincia. Pero tres años después fue nombrado regente del centro de estudios teológicos de la Provincia. Ya por entonces, además, destacaba como gran predicador y poeta. Así resume fray Justo Cuervo estos años de Hojeda en la Orden:

«Desde los primeros días de su entrada en la religión hizo grandes progresos el joven Ojeda en las virtudes y en las ciencias: en las virtudes, proponiéndose imitar con toda perfección al Santo Patriarca, cuyo hijo indigno se consideraba, hasta tal punto que el maestro de Novicios, el P. Fr. Bartolomé Martínez, religioso de gran espíritu, pusiera coto á su rigor; en las ciencias, descollando entre todos los compañeros; por lo cual fué condecorado con los títulos de Lector de filosofía, Maestro de estudiantes y Regente de estudios»²¹.

En 1609 fue elegido prior del convento de Cuzco y al año siguiente fue elegido prior del convento del Rosario, por lo que regresó a Lima y allí colaboró con la reforma. En 1611 el Capítulo General le otorgó el grado de Maestro en Sagrada Teología. Ese mismo año se publicó en Sevilla su gran obra: *La Cristiada*, un poema épico compuesto por doce cantos en el que se nos habla de la pasión de Cristo. Es uno de los mejores poemas épicos escritos en lengua castellana, y forma parte de la historia de la literatura peruana.

Pero en 1612 desde México llegó a Lima el visitador fray Alonso de Armería, que se posicionó de parte de Valderrama y Montes. En un principio, dicho visitador tuvo todo el apoyo del virrey y del arzobispo e hizo un esfuerzo por mostrarse moderado nombrando como provincial al criollo fray Gabriel de Zárate. Pero, pasado un tiempo, viendo que no conseguía aplacar a los reformadores, decidió actuar con contundencia contra ellos. Así, destituyó de sus cargos a Lorenzana y desterró fuera de Lima, entre otros, a Agüero y a Hojeda. A éste le envió a Cuzco, donde siguió luchando por la observancia regular peruana. Es en esta época, en 1614, cuando Lorenzana comenzó a acompañar espiritualmente a santa Rosa de Lima.

²¹ Justo CUERVO, *El maestro fr. Diego de Ojeda y La Cristiada*, Librería de Gregorio del Amo, Madrid 1898, p. 9.

Al año siguiente, Armería depuso a Zárate de su cargo de prior provincial y desterró aún más lejos al rebelde Hojeda, trasladándole a la casa de Huánuco, situada en pleno altiplano andino, a 4100 metros de altitud. Aquello afectó gravemente a la salud de Hojeda y en poco tiempo murió, con 44 años.

El hecho es que estas desproporcionadas medidas hicieron que el arzobispo se enfrentase a Armería y que el virrey le expulsase ese mismo año del virreinato, regresando a México. Y fray Nicolás González de Agüero volvió a ser prior provincial, recuperando la Provincia de San Juan Bautista la observancia regular propuesta por los reformadores. Pocos años después, en torno a 1618, moría el maestro Lorenzana.

Bueno, pues la reforma peruana fue el «caldo de cultivo» en el que vivieron los tres santos limeños y en el que desarrolló su labor misionera fray Vicente Bernedo.

Ambiente generado por la reforma

Resulta muy llamativo que surgieran tres santos en los 51 años que trascurrieron entre el ingreso de san Martín en el convento del Rosario en 1594 y el fallecimiento de san Juan Macías en 1645. Sabemos que es imprescindible la ayuda del Espíritu Santo para que una persona alcance la santidad, pero también es fundamental el ambiente en el que dicha persona vive. Y en estos años se vivía en los conventos dominicos de Lima la observancia regular difundida por la reforma emprendida por fray Salvador de Ribera en 1594. Pues bien, el abnegado misionero fray Vicente Bernedo, vivió precisamente estos tiempos de observancia regular peruana.

Nació en 1562 en Puente la Reina (España). Ingresó en el convento de los dominicos de Alcalá de Henares con 19 años y, tras estudiar en esta Universidad y en Salamanca, fue trasladado a Logroño en 1588 para que predicase en aquella región. Once años después, cuando fray Vicente tenía 35 años, fue enviado a América. Tras pasar unos años en Cartagena de Indias y Santafé de Bogotá predicando y dando clases de teología, hacia 1600 llegó a Lima, cuando Ribera estaba emprendiendo la reforma de la Provincia de san Juan Bautista, en la cual fray Vicente se implicó plenamente. De hecho, aceptó ser enviado a uno de los lugares de misión más difíciles

y complejos: la ciudad minera de Potosí, en pleno altiplano andino, situada a 4000 metros de altitud, la cual los españoles soportaban muy mal.

Una vez allí, fray Vicente descubrió la lamentable situación en la que se encontraban los nativos, sobre todo los que trabajaban en las minas, y esto le movió a escribir al rey Felipe II para denunciar esta situación. Predicó de modo itinerante por apartadas comarcas del altiplano andino, fue párroco de un barrio de Potosí poblado por mineros y escribió libros de teología. Si bien deseaba publicarlos en España, murió en Potosí con 57 años, en 1619, antes de poder hacerlo.

En su paso por Lima, fray Vicente probablemente conoció, aunque fuese sólo de vista, a santa Rosa. Ella nació en Lima en 1586 y ya con cinco años comenzó a aficionarse a la oración mental, meditando el Padrenuestro, el Avemaría y otras oraciones comunes. También repetía interiormente pequeñas jaculatorias. Con 10 años se mudó con su familia a un pueblo cercano a Lima. Dos años después leyó la vida de santa Catalina de Siena y desde entonces esta santa terciaria dominica pasó a ser su gran referente. Como ella, Rosa se consagró a Cristo, hacía ejercicios ascéticos, dedicaba mucho tiempo a la oración –sobre todo al recogimiento– y se volcaba en ayudar a los necesitados, ya fuese enseñando a niños pequeños, sanando a enfermos o acompañando espiritualmente a algunas personas. Cuando tenía 15 años, en 1601, regresó con su familia a Lima.

Al año siguiente, fray Juan de Lorenzana fue elegido prior provincial, y éste decidió seguir con la reforma emprendida por Ribera. Fray Diego de Hojeda destacaba por entonces como gran predicador en el convento del Rosario y como fraile observante. Y esto lo vivían un buen número de dominicos en Lima. En 1604, cuando se estaba construyendo la recoleta de la Magdalena, Rosa decidió construir una cabaña en la huerta de su casa para practicar en ella el recogimiento. Y en 1606, venciendo la oposición de su madre, Rosa logró ingresar en la Tercera Orden dominicana, vistiendo el hábito de terciaria.

En la década de 1610, en pleno conflicto entre reformadores y no reformadores, Rosa se posicionó con los primeros, animando a los frailes del convento del Rosario a que saliesen a predicar a las doctrinas y no se dejasen llevar por la comodidad. A este respecto,

fray Pedro de Loayza decía esto en el Proceso de Canonización de santa Rosa:

«También sabe este testigo que la caridad de esta santa fue en grado heroico y aventajado por la salud de las almas, por su conversión y aumento de la fe. Y así, ella solía decir muchas veces: “¡Oh, quién fuese hombre, sólo para yo poder ocuparme en la conversión de las almas!”.

Y cuando este testigo se ofrecía para hablar con los nativos idólatras de esta tierra, la bendita Rosa le aconsejaba muchas veces que fuese a predicarles y convertirlos. Porque, si ella lo pudiera hacer, ella misma lo haría muy de veras, aunque temiese que la fuesen a quitar la vida.

Y así, exhortaba a todos los predicadores con quienes tenía trato a que procurasen convertir muchas almas y las condujesen a Dios, y que sólo en esto pusiesen el objetivo de sus sermones y de sus estudios.

Y con este testigo acordó que él le diese a ella la mitad de las almas que por sus sermones se convirtiesen o enmendasen. Y esto lo hacía ella, a lo que él entiende, para aficionarle a que sólo se ocupase en este ejercicio y no en otro. Y así, en contrapartida, ella le ofreció la mitad de todas cuantas obras buenas ella hiciese»²².

Si Rosa decía estas cosas en aquella época, es porque se sentía identificada totalmente con la reforma regular peruana y rechazaba activamente la actitud de aquellos frailes no observantes.

En 1614 Rosa contrajo la tuberculosis, que por entonces era una enfermedad mortal. Además, como cada vez era más conocida en Lima por su profunda vida espiritual, surgió una cierta sospecha de su posible pertenencia al movimiento herético del *iluminismo*. Por ello, fray Juan de Lorenzana, que por entonces había sido apartado de la docencia por defender la reforma, decidió acompañarla espiritualmente para guiarla y protegerla, y la puso en manos de la familia de don Gonzalo de la Maza, así como del doctor Juan del Castillo. También la ayudaron varios jesuitas.

²² Hernán JIMÉNEZ SALAS, *Primer proceso ordinario para la canonización de Santa Rosa de Lima* (1617), Monasterio de Santa Rosa de Santa María, Lima 2001, p. 301 (226v-227).

En sus tres últimos años de vida, Rosa hizo grandes progresos espirituales, experimentando interiormente el desposorio místico con 31 años. Unos meses después, en 1617, murió. En esa época los dominicos reformadores se habían hecho de nuevo con el poder y gobernaba la Provincia el criollo fray Nicolás González de Agüero. Esta santa limeña no pudo ver culminado su gran sueño, por el que ella tanto se esforzó: el observante monasterio de Santa Catalina, que fue fundado en 1624.

Dos años después de la muerte de santa Rosa, llegó a Lima un pobre inmigrante español: Juan Macías. Tenía por entonces 35 años. Había sido pastor en su tierra y después estuvo yendo de aquí para allá por el suroeste de España, desempeñando diferentes trabajos. Hasta que fue contratado por un comerciante que lo llevó a Panamá, y allí lo despidió. Por lo que Juan, caminando hacia el sur, acabó en Lima. Allí, aconsejado por san Martín de Porres, ingresó en la recoleta de la Magdalena en 1621, donde desempeñó el oficio de portero, destacando por su vida de oración, su docilidad y la caridad que tenía con todos los pobres que se acercaban a la portería. Este santo pudo enriquecerse espiritualmente de la observancia regular que se vivía en su convento, en el que murió con 60 años, en 1645.

En este periodo hubo otros dos santos en Lima: el arzobispo santo Toribio de Mogrovejo (1538-1606) y el franciscano san Francisco Solano (1549-1610). Porque, como ya hemos dicho, el buen ambiente de la reforma no era exclusivo de los dominicos, sino que estaba generalizado en Perú.

Es muy significativa también la vida de la beata Ana de los Ángeles de Monteagudo. Nació en Arequipa en torno al año 1602 y con unos 4 años su familia la internó en el colegio del monasterio dominicano de Santa Catalina de esa ciudad, en cuyo noviciado ingresó con unos 15 años, y lo hizo con gran dificultad, pues su familia deseaba casarla. El hecho es que, con ayuda de un tío suyo que era sacerdote secular, logró profesar en este monasterio, destacando como una hermana sabia y caritativa. Por ello, en 1647 fue elegida priora de la comunidad.

Pero este monasterio estaba sumido por entonces en una grave decadencia debido a que en él vivían más de 300 mujeres, entre las que había niñas y jóvenes educandas, siervas, novicias, diversas

clases de monjas y un buen grupo de laicas de clase alta que vivían con sus criadas en unas viviendas situadas dentro de sus muros. Todo ello, obviamente, perjudicaba la buena vivencia contemplativa. Por este motivo, sor Ana de los Ángeles emprendió una reforma de la comunidad, intentando que esta recuperase la observancia regular, pero fracasó, pues sus hermanas no la reeligieron como priora. Esto se debió, entre otras cosas, a que el movimiento de reforma dominicana había dejado de vivirse en Perú unos veinte años atrás.

Así que esta humilde dominica pasó a ser una monja más de la comunidad, aunque no dejó de dar un buen testimonio de vida y destacó como buena consejera y acompañante espiritual de todos aquellos que acudían a hablar con ella al locutorio del monasterio. Falleció en 1686, teniendo ella unos 74 años. Unos meses después, el obispo y la comunidad decidieron iniciar su proceso de beatificación.

Bueno, pues ha llegado el momento de hablar sobre el fraile que mejor encarnó la espiritualidad de la reforma peruana. Veamos qué nos cuentan los testigos de su Proceso de Beatificación.

TESTIMONIOS SOBRE LA EJEMPLAR VIDA DE SAN MARTÍN DE PORRES

En las antiguas biografías –o «hagiografías»–, las que se escribieron hasta el Concilio Vaticano II, encontramos una imagen de fray Martín muy caritativa, ascética y, sobre todo, muy milagrera, pues en ellas se subrayaban, adornaban o exageraban algunos testimonios del Proceso de Beatificación. De hecho, casi podemos decir que estas biografías lo mostraban a veces más como una especie de personaje de ciencia ficción que como un fraile. En efecto, aquellos autores describían a fray Martín como alguien dotado de unos dones sobrenaturales que le permitían hacer cosas absolutamente extraordinarias.

Así, inspirándose en los testimonios del Proceso de Beatificación –adornando o exagerando a veces lo que ahí se dice–, las antiguas biografías afirman que fray Martín era capaz de desplazarse a gran velocidad (don de la agilidad²³), podía volar (don de levitación²⁴), su cuerpo tenía la capacidad de emitir luz propia (don de luminosidad²⁵), podía estar en dos lugares a la vez (don de bilocación²⁶), atravesaba puertas que estaban cerradas (don de sutilidad²⁷), se transportaba desde Lima a remotas tierras de Filipinas, África, China y Japón (don de ligereza²⁸), era capaz de hablar los diferentes idiomas de esos lugares (don de lenguas²⁹), podía tratar sobre temas que nunca había estudiado (don de ciencia infusa³⁰), se hacía invisible para que nadie lo encontrase (don de invisibilidad³¹), curaba a personas y animales con sólo tocarlos, llegando a resucitar a un perro (don de sanación³²), intuía lo que deseaban los enfermos sin que éstos le dijese nada (don de adivinación³³), conocía lo que iba a

²³ Cf. *Proceso de beatificación...*, pp. 116, 221-222.

²⁴ Cf. *ibíd.*, pp. 97; 139.

²⁵ Cf. *ibíd.*, pp. 97; 181.

²⁶ Cf. *ibíd.*, pp. 157; 212-213.

²⁷ Cf. *ibíd.*, pp. 148-149; 251-252; 274-275.

²⁸ Cf. *ibíd.*, p. 227.

²⁹ Cf. *ibíd.*, p. 121.

³⁰ Cf. *ibíd.*, p. 229.

³¹ Cf. *ibíd.*, p. 220.

³² Cf. *ibíd.*, pp. 157-158.

³³ Cf. *ibíd.*, pp. 148-149; 213-214

sucedan en el futuro (don de predicción³⁴) y tenía dominio sobre los animales³⁵, las plantas³⁶ y hasta sobre el mismo diablo³⁷.

Ésta es la imagen que se difundía de fray Martín hasta la década de 1960, es decir, durante los tiempos tridentinos. Nosotros, en cambio, vamos a limitarnos a conocer las cualidades que le hacían ser un buen religioso. En este sentido, los testigos del Proceso de Beatificación nos dicen que fray Martín era caritativo, humilde, alegre, fuerte, orante, sabio, consejero, predicador, laborioso, obediente, paciente, austero, emprendedor, amigable y amante de la naturaleza. Todo eso hacía de fray Martín un religioso ejemplar, y por ello fue canonizado. A continuación, a lo largo de esta segunda parte del libro, vamos a estudiar cada una de estas cualidades de nuestro santo.

Comenzaremos hablando de la virtud que sus biógrafos contemporáneos han destacado más en él.

CARIDAD

«Jesús, conmovido, extendió la mano y lo tocó, diciendo: “lo quiero, queda purificado”» (Mc 1,41).

En las Constituciones elaboradas por fray Fernando Zepeda en 1710 para los conventos y monasterios dominicanos del ámbito hispano, el apartado dedicado al oficio de enfermero comienza con estas significativas palabras:

«Este oficio bien ejercitado basta él sólo para hacer santos, como ha hecho a muchos que se hallan en la vida religiosa. Es un oficio que san Agustín en su *Regla*³⁸ y Nuestro Padre Santo Domingo en sus *Constituciones*³⁹ encargan mucho a los priores. Por esto suelen y deben encomendarse en la Orden a religiosos caritativos. Lo común es tener dos o más enfermeros, habiendo

³⁴ Cf. *ibíd.*, pp. 87; 146; 296-297.

³⁵ Cf. *ibíd.*, pp. 88-89; 120-121; 158-159; 214.

³⁶ Cf. *ibíd.*, pp. 183-184.

³⁷ Cf. *ibíd.*, pp. 237-238; 309; 310

³⁸ Cf. nn. 14, 16, 18, 34, 37.

³⁹ Cf. cc. 5, 7, 9, 10, 13, 29.

entre ellos algunos frailes, uno sacerdote y los demás de fuera de coro. Los enfermeros han de procurar ser tan diligentes y caritativos con los enfermos que con sólo verlos sientan consuelo y alivio»⁴⁰.

En efecto, el oficio de enfermero es tan exigente y requiere de tanta caridad, que santifica a los que lo ejercen con determinación. Pero fray Martín desplegaba también su caridad con los muchos españoles y criollos pobres que se acercaban al convento pidiendo ayuda, con los nativos y los negros y, asimismo, con los animales, como veremos más adelante. Fray Juan Ochoa de Verástegui aporta este testimonio:

«Este testigo veía que todos los que pretendían conocer lo que era la caridad, solicitaban ver a este siervo de Dios, por ser él tan parecido a ella. Pues fray Martín andaba siempre buscando necesitados y dolientes a quienes ayudar y favorecer. Como lo hizo con este testigo en dos ocasiones en que se halló solo y con grandes aflicciones, valiéndose del alivio de invocar el nombre de fray Martín, pues en ambos casos le halló tan presente en el mismo instante en que le llamó, que le pareció haber sido todo uno el invocarle y el presentarse ante él»⁴¹.

Y fray Gonzalo García nos dice lo siguiente:

«Hablando de la gran caridad que siempre tuvo el hermano fray Martín de Porres con las personas, tanto espiritual como corporal, este testigo afirmó que las socorría con consejos espirituales. Y a muchos les daba limosnas para el socorro de sus necesidades. Y cuando no tenía nada para dar a los que le pedían, fray Martín se afligía espiritual y corporalmente. Y con ayunos, ejercicios ascéticos y oraciones pedía a Dios Nuestro Señor que le diese con qué ayudarles»⁴².

Fray Antonio Gutiérrez constata lo mismo, pero de un modo algo más extenso y preciso:

⁴⁰ Fernando ZEPEDA (ed.), *Regla de S. Agustín y Constituciones del Orden de Predicadores, para el uso de Religiosos, y Religiosas de dicho Orden, assi del Choro, como fuera de él*, Convento de San Pablo, Valladolid 1710, p. 99. Hemos adaptado el texto al castellano actual para facilitar su comprensión.

⁴¹ *Proceso de beatificación...*, p. 116.

⁴² *Ibíd.*, p. 351

«Dijo que sabe este testigo, por haberlo visto y experimentado en todo el tiempo que conoció al venerable hermano fray Martín de Porres, que fue un hombre de grandísima caridad. Y que en su oficio de enfermero usaba tanto de ella con los frailes enfermos que, además de asistirles con el mayor amor del mundo, le tenían todos por padre y amparo, llamándole “padre de pobres”.

Y que, además de éstos, acudían de fuera otros muchos laicos de toda condición para que les curase de sus dolencias, llagas, infecciones de piel y de otros achaques, tratándoles y curándoles él mismo, y dándoles de comer. Y así, acudían a él muchísimos, y todos hallaban remedio en él: los enfermos alivio, los afligidos consuelo y todos los demás amparo. Y hacía todo esto con mucho agrado, con el semblante alegre y risueño. Y además de hacer esta caridad con las personas, con todas en general, sin hacer distinción entre ellas, lo hacía también con los animales. Y en particular con los perros, pues, hallándolos en las calles llagados o heridos, los llevaba a su celda y los curaba como si fuesen seres humanos. Y les daba de comer y les cuidaba hasta estar curados, como si fueran personas, y luego les decía que se fuesen. Y hasta se portó caritativamente con unos ratones que, habiéndole dañado la ropa de los enfermos, por no matarlos, les mandó que se fuesen a un lugar que les señaló y allí les llevaba el sustento necesario»⁴³.

Del trato con los animales hablaremos detenidamente más adelante. Ahora vamos a ver qué nos dice fray Fernando Aragonés sobre lo que hacía fray Martín durante la comida comunitaria, en el refectorio –o comedor –de la comunidad:

«Y a medio día, durante la comida, iba el siervo de Dios al refectorio y llevaba una taza y una olla para recoger su comida y todo lo demás que les sobraba a los frailes que comían a su lado. Y entonces, si veía algún pobre a la puerta del convento, era notable su inquietud hasta que conseguía enviarle algo de comida. Y una vez que había socorrido su necesidad, se aquietaba. Y aunque el siervo de Dios sólo comía pan y agua por su mucha abstinencia, quería que todos comiesen muy bien, lo que era efecto propio de su mucha caridad.

⁴³ *Ibíd.*, pp. 293.294.

Y cuando acababa de comer, sacaba su olla y su taza llenos de comida, y se iba a la cocina de la enfermería, en cuya puerta le esperaban a aquellas horas muchos pobres españoles y criollos⁴⁴, junto a negros y nativos enfermos, y algunos pobres de la vecindad que venían con ollitas, y perros y gatos que a aquella hora esperaban el sustento por mano del dicho siervo de Dios. Y antes de repartir el alimento, lo bendecía diciendo: “Dios lo aumente por su infinita misericordia”. Y así parece que sucedía que se lo aumentaba Dios por su mano, pues fuera comían todos y llenaban sus ollitas y quedaban todos contentos, hasta los perros y los gatos. Y acabando, él quedaba tan gozoso que decía que no había mayor gusto como el de dar a los pobres»⁴⁵.

Obviamente, este tipo de gestos que fray Martín hacía públicamente, edificaban a la comunidad, y animaban a todos a ser buenos religiosos. Fray Cipriano de Medina, que llegó a ser catedrático de Prima en la Universidad de San Marcos, recuerda una bella anécdota de sus tiempos de novicio, cuando después de clase acudía junto a otros novicios a la celda de fray Martín para merendar:

«Siendo la celda de dicho hermano la oficina de caridad de este convento, este testigo, siendo novicio, acompañado de otros hermanos del noviciado, una tarde después de la clase de teología de Vísperas, fueron como acostumbraban a la celda referida a pedirle a fray Martín que les diese de merendar, el cual con mucho regocijo y amor les dijo que le esperasen, porque iba a por la merienda.

Y quedando solos en dicha celda, este testigo y los demás hermanos abrieron un cajón de una mesa que allí tenía, y en él hallaron un poco de fruta, plátanos y aguacates. Entonces lo sacaron y se lo empezaron a comer. Y en ese momento entró el hermano fray Martín con pescado, miel, pan y otras cosas y, sentándose en el suelo en un rincón, les dijo: “Ea, hijos, merendad”. Y al irse acabando la merienda les dijo a todos:

⁴⁴ En el texto del Proceso de Beatificación se emplea el término «españoles» para referirse a todos los hijos de españoles, ya sean nacidos en España o en América. En nuestra transcripción hemos preferido distinguir entre «españoles» y «criollos», como hemos venido haciendo en los apartados introductorios.

⁴⁵ *Ibíd.*, pp. 125-126.

“Bien habéis hecho al comer los plátanos y los aguacates pues para vosotros estaban ahí”»⁴⁶.

En efecto, fray Martín era caritativo con todos. Fray Fernando Aragonés describe así su caridad universal:

«Y asimismo, era tan grande su caridad que no había nada a lo que no llegase su afecto, tanto por el día como por la noche, ejercitándose en ella, ya fuese tratando y curando a los enfermos, o dando limosnas a españoles, criollos, nativos y negros, pues a todos les quería y amaba y curaba con singular amor y caridad. Facilitó el casamiento de huérfanas, vistió a pobres, y a muchos frailes necesitados les remediaba sus carencias, ya fuese porque necesitasen un hábito o por cualquier otra cosa que les pudiera faltar. Y ninguno que fue a pedirle quedó desconsolado»⁴⁷.

Contamos con un valioso testimonio del boticario Gaspar Calderón en el que narra cómo le ayudó fray Martín cuando, siendo joven, llegó a Lima:

«Dijo que siempre vio que el venerable hermano fray Martín de Porres fue muy pacífico y amoroso con todos sus hermanos frailes, y con los laicos que le hablaban, procurando con obras y palabras encaminar a todos al servicio de Dios Nuestro Señor y hacia el bien espiritual de sus almas.

Y que sabe asimismo que a los pobres que a él acudían con necesidades, les daba de comer y les socorría con otras limosnas, quitándoselo a sí mismo por dárselo a ellos, ya que les amaba sobre manera. Como en algunas ocasiones también lo hizo con este testigo, estando recién llegado a esta ciudad. Y a todos consolaba y les pedía en todas sus conversaciones que no ofendiesen a su Divina Majestad y que le amasen sobre todas las cosas y a sus prójimos como a sí mismos»⁴⁸.

Dicen los psicólogos que el sentido que mejor transmite el amor es el tacto. Tocando tiernamente a otra persona, podemos transmitirle todo nuestro cariño y afecto. De hecho, los Evangelios nos dicen que

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 89.

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 122

⁴⁸ *Ibíd.*, pp. 298-299.

Jesús curaba a veces tocando con sus manos a los enfermos. Así, Jesús les transmitía su infinito amor divino, que todo lo puede y todo lo sana (cf. Mc 1,41; 8,23). Pues bien, fray Martín se hizo famoso por curar mediante el tacto, ya que tocaba con sus manos la zona afectada por la enfermedad, y los enfermos se sentían sanados. Fray Fernando Aragonés así lo atestigua:

«El año 1619, estando este testigo muy enfermo a causa de un dolor de costado, habiendo sido desahuciado por los médicos, y habiendo recibido los santos Sacramentos, siendo velado por sacerdotes y habiendo colocado en la puerta de su celda las tablas para pedir a la comunidad que encomendase su alma a Dios, como se acostumbra en la Orden de Predicadores, y esperando el último ataque que le llevase al otro mundo, llegó a la celda de este testigo a media noche el siervo de Dios fray Martín de Porres.

Y tomándole el pulso le dijo: “¿Le duele mucho el costado?”. A lo que el testigo le respondió: “Tanto que me quita la respiración”. Entonces le miró la boca, y como vio que estaba muy seca, le dio un poco de agua, con lo que se refrescó este testigo y recibió algún aliento. Y viendo esta positiva reacción, el siervo de Dios le dijo: “Anímese, que aunque le han desahuciado los médicos de la tierra, el Médico celestial no le ha desahuciado. De esta enfermedad no ha de morir ahora. Aunque de ella, andando el tiempo, podrá ser que muera”.

Y le tocó con las manos el costado, le ciñó con una venda y en ella puso unos cogollos de alfalfa. Con ello se le quitó el dolor y se quedó dormido. Entonces el siervo de Dios se recostó en la cama junto a este testigo para guardarle el sueño y al día siguiente éste se despertó sin el dolor. Y de este modo, este testigo fue volviendo en sí hasta que sanó, teniendo siempre este hecho como un milagro, como una obra que Dios había hecho por medio de las manos de su siervo, y confesando cuán admirable es en sus santos»⁴⁹.

Vamos a tratar ahora sobre otra de las cualidades más destacadas de fray Martín.

⁴⁹ *Ibíd.*, pp. 130-131.

HUMILDAD

«Hermanos, yo [Pablo], cuando fui a vosotros, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el misterio de Dios, pues entre vosotros no quise saber de cosa alguna, salvo de Jesucristo, y éste crucificado. Y me presenté ante vosotros débil, tímido y tembloroso» (1Cor 2,1-3).

Comenzamos este apartado con una sencilla descripción que hace fray Antonio Gutiérrez de la humildad de fray Martín:

«Sabe por la experiencia que tuvo del venerable hermano fray Martín de Porres, que fue hombre de extraordinaria humildad. Y que por ser tan humilde como era, siempre vio que él huía de las conversaciones mundanas y amaba en sumo grado la soledad, donde siempre se retiraba y se recogía para orar a Dios Nuestro Señor»⁵⁰.

Para ser enfermero hace falta mucha humildad, pues este oficio pide saber rebajarse para hacer determinadas tareas que no son nada agradables, como limpiar a un enfermo que acaba de vomitar o que se ha orinado en la cama. Pero sobre todo, se necesita mucha humildad para soportar el mal trato que a veces se recibe de los enfermos. Porque, en ocasiones, ocurre algo paradójico: aquellos que más atención reciben del enfermero, son los que peor le tratan. Generalmente esto es causado por la propia enfermedad, que hace que aumente en algunas personas su mal carácter.

Hemos visto anteriormente cómo muchos frailes llamaban a fray Martín «padre de pobres» por su gran caridad. Bueno, pues los testigos del Proceso de Beatificación nos dicen que otros frailes le pusieron el insultante apodo de «perro mulato». Parece que así le llamaban algunos cuando él no hacía lo que ellos deseaban. Pero fray Martín, humildemente, sabía encajar muy bien ese insulto. Veamos qué dice fray Alonso de Arenas:

«Ciertos frailes de su convento que le mandaban algunas cosas, cuando fray Martín no las hacía tan aprisa como ellos querían, le trataban mal de palabra, llamándole “perro mulato” y

⁵⁰ *Ibíd.*, p. 292.

empleando otros insultos, los cuales llevaba él con mucha paciencia y con grandísima humildad. Y decía: “Éstos me conocen”. Y daba muchas gracias a Nuestro Señor»⁵¹.

El regidor don Juan de Figueroa describe una dura escena que le contó un fraile, el cual estuvo ingresado en la enfermería con mucho miedo de que le cortasen una pierna, por lo que estaba de muy mal humor. Pero la escena tiene un final feliz:

«Y asimismo, supo este testigo cómo el padre fray Pedro de Montedoca, fraile de la Orden de nuestro padre santo Domingo, estando enfermo en cama por una dolencia que le había dado en una pierna, entró en su celda a servirle el hermano fray Martín. Y por no sé qué niñería que sucedió en la celda, el padre fray Pedro se enojó con él y lo deshonró, diciéndole que era un perro mulato y otras malas palabras, tras lo cual el hermano fray Martín salió riendo de la celda.

Y al anochecer, el mismo día de este suceso, el susodicho hermano entró con mucha paz y alegría en la celda del padre fray Pedro con una ensalada de alcaparras, diciéndole: “Ea, padre mío, ¿está ya desenojado? Coma esta ensaladita de alcaparras que le traigo”. Y viendo el padre fray Pedro que había estado deseándolas todo el día y, estando tan enfermo de su grave dolencia, padeciendo el desgano del comer y el dolor porque le fuesen a cortar la pierna al día siguiente, pareciéndole cosa rara que le hubiese traído lo que tanto había estado deseando, y viendo que aquello era obra de Dios, le pidió perdón a dicho hermano por el enojo y por las malas palabras que le había dicho. Y le agradeció el regalo. Y con mucho fervor le pidió que tuviese compasión por él, pues le iban a cortar una pierna. Tras lo cual, el hermano fray Martín se acercó a él, le vio la pierna, se la tocó con las manos, y quedó este padre sano y libre de lo que le amenazaba. Y así se lo contó él mismo a este testigo, y a otras muchas personas»⁵².

Parece que el propio fray Martín, en ciertas ocasiones, se llamaba a sí mismo «perro mulato», pues tenía muy asumida su baja condición social. A este respecto, fray Antonio de Estrada nos narra

⁵¹ *Ibíd.*, p. 223.

⁵² *Ibíd.*, p. 84.

una pequeña discusión que el prior provincial tuvo con fray Martín, cuando estaba enfermo de paludismo, pues éste se negaba a usar sábanas en la cama. Dice así:

«Estaba muy enfermo el siervo de Dios de unas fiebres palúdicas muy rigurosas que padecía todos los años en invierno. Y viendo que no tenía una cama en la que dormir, por su humildad y por el ascetismo con el que él se trataba a sí mismo, pues se acostaba sobre unas pieles de carnero y sólo tenía una manta muy pobre, sin más abrigo, el padre maestro fray Luis de Bilbao, que era el prior provincial, le mandó por obediencia que pusiese sábanas en su cama y que también pusiese un colchón en ella. Entonces, este testigo oyó cómo el siervo de Dios le decía al prior provincial con mucha humildad: “¿A un perro mulato que fuera del convento no hubiera tenido qué comer, ni dónde dormir, le manda vuestra paternidad que se acueste entre sábanas? Por amor de Dios, que vuestra paternidad no me lo permita”»⁵³.

El historiador José Antonio del Busto sugiere una teoría muy interesante: que fray Martín quizás se identificaba con el perro que aparece junto a las imágenes de santo Domingo⁵⁴. A este perro se le representa siempre de color blanco y negro, es decir, mulato, como fray Martín. Como él, está humildemente sentado a los pies de su fundador. Y asimismo, dicho perro lleva en la boca la antorcha de la Palabra de Dios, con la que ilumina al mundo entero. Y ciertamente, fray Martín nos ilumina a todos con la luz de su vida evangélica, llena de optimismo y felicidad.

ALEGRÍA

«Alegraos en el Señor. Os lo repito, alegraos» (Fil 4,4).

Pocas cosas se agradecen más en la vida comunitaria que convivir con hermanas o hermanos optimistas, sonrientes, que saben encontrar el lado divertido de la vida, sin caer, claro está, en la frivolidad ni en la banalidad. Porque el buen humor es contagioso y

⁵³ *Ibíd.*, pp. 204-205

⁵⁴ Cf. Busto, p. 83.

hace que todos compartamos la alegría. Y ésta aporta una importante energía positiva a nuestra vida. Es de sabios saber reírse de uno mismo. Y también lo es saber desdramatizar con una chispa de buen humor los sinsabores que nos depara la vida cotidiana. Todo esto lo hacía fray Martín, no sólo porque tenía un talante positivo y alegre sino, sobre todo, porque era una persona sabia. Y sus hermanos se lo agradecían enormemente. Fray Francisco de Arce nos cuenta lo siguiente:

«Siempre vio al venerable hermano fray Martín de Porres comportándose con sus hermanos frailes y con las personas laicas que hablaban con él, de un modo muy pacífico y amoroso, procurándoles encaminar al servicio de Dios Nuestro Señor y dándoles saludables consejos. Y jamás le vio este testigo con el rostro airado ni siendo impaciente, sino que tenía siempre el rostro alegre y el corazón pacífico y sereno, dando a entender que en su alma moraba la gracia del Espíritu Santo y ésta regía sus acciones»⁵⁵.

Fray Francisco Guerrero afirmó en el Proceso de Beatificación que agradecía ver a fray Martín con el rostro «siempre contento y risueño»⁵⁶. Y fray Salvador de la Mota dijo que tenía «siempre el rostro muy alegre y que sus ojos miraban humildemente hacia el suelo, lo que movía a todos a tenerle veneración y respeto»⁵⁷. Y ya hemos conocido el testimonio de fray Antonio Gutiérrez en el que, al describirnos la caridad que fray Martín tenía con todo tipo de personas y con los animales, nos dice: «Y fray Martín hacía todo esto con mucho agrado, y con el semblante alegre y risueño»⁵⁸.

El capitán Juan de Guarnido nos va a hablar ahora del buen humor con el que fray Martín sobrellevaba las adversidades de la vida:

«Sabe este testigo, como persona que vivió en el convento mucho tiempo, que en los sacrificios e incomodidades que sufrió el venerable hermano fray Martín de Porres, y en las enfermedades que tuvo, todo lo padecía con mucha paciencia y

⁵⁵ *Proceso de beatificación...*, p. 226.

⁵⁶ *Ibíd.*, p. 276.

⁵⁷ *Ibíd.*, p. 287.

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 293.

humildad, conformándose con la voluntad divina. Y que era en las mayores penalidades cuando él estaba más contento y alegre, y parecía no sufrir cosa alguna. De lo que se deduce que tuvo la virtud de la fortaleza, porque siempre mostraba tenerla en dichas ocasiones»⁵⁹.

Veámoslo ahora.

FORTALEZA

«Muy a gusto ensalzo mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo» (2Cor 12,9).

Como bien dice el capitán Juan de Guarnido, para asumir con alegría y buen humor los contratiempos de la vida, es necesario tener fortaleza interior. Sin ella, nos venimos abajo. Es más, gracias a ella evitamos tener complejo de inferioridad. En efecto, la virtud de la fortaleza nos hace tener una buena autoestima, es decir, nos ayuda a valorarnos a nosotros mismos, nos hace sentirnos valiosos, a pesar de todas nuestras imperfecciones y de los muchos errores que podamos cometer. Y la mejor prueba de que una persona tiene una buena autoestima es que se ríe de sí misma, como acabamos de ver que hacía fray Martín.

¿Cómo logramos fomentar nuestra fortaleza interior?: teniendo una gran confianza en Dios y en nosotros mismos. Y para ello, a su vez, es muy conveniente hacer ejercicios ascéticos, pues éstos nos fortifican y nos ayudan a dominarnos a nosotros mismos. El cirujano Marcelo de Ribera nos describe la ascesis que practicaba fray Martín, con el que trató durante cincuenta años, pues le conoció cuatro años antes de que él ingresase en el convento:

«Fray Martín ayunaba todo el año, sin comer carne. Y su sustento era pan y agua, y algunas hierbas cocidas junto con algunas yucas. Y este testigo le decía a dicho siervo de Dios que no las comiese, porque le harían mal. Pero no por eso dejaba de proseguir con esta dieta tan ascética»⁶⁰.

⁵⁹ *Ibíd.*, pp. 311-312.

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 136.

Fray Gaspar de Saldaña describe de este modo la incómoda indumentaria y la escueta alimentación de fray Martín:

«El hermano fray Martín de Porres siempre vistió una áspera túnica de sayal y lana, sin verle llevar otra prenda sobre la piel, ajustándose en su vida cotidiana a este modo de vestir. Y asimismo, nunca le vio este testigo comer carne, ni tuvo noticia de ello. Y cuando iba al refectorio no comía más que coles, siendo abstigente en sumo grado. Y así, con su amor y caridad, y con los ejercicios ascéticos que él hacía, daba distintas muestras de su santa vida. Y fue tenido por santo hasta la hora de su muerte»⁶¹.

Pues bien, la fortaleza interior le ayudó a fray Martín a defender valientemente a los negros, cuando ello fue necesario. Como sucedió una vez, cuando un muchacho le robó la cama a un negro que trabajaba en la enfermería. Dice fray Fernando Aragonés:

«En otra ocasión, a un negro de la enfermería le hurtaron su cama, que consistía en un colchón y una manta. Y habiéndoselo dicho el negro al siervo de Dios, éste le respondió: “Aguardadme aquí”. Y fue a la celda de un fraile y la sacó de ella diciéndole: “Padre, si su muchacho no tiene cama, cómpresela usted, y no vaya el muchacho a robarle la cama al negro”. Y entonces la cargó y se la entregó, con ayuda de este testigo»⁶².

El cirujano don Marcelo de Ribera afirmaba que fray Martín era capaz de vencer la repulsión que le causaban los nauseabundos fluidos que producían los enfermos. Esto, obviamente, lo conseguía gracias a su fortaleza interior. Veamos qué pasó un día que fray Martín sintió mucho asco:

«Este testigo afirma que, cuando el siervo de Dios fray Martín de Porres y él estaban curando al padre fray Diego de Ulloa de una hidropesía, ambos le sacaban el fluido con una bomba. Y habiéndole sacado un tazón de aquel nocivo líquido, éste le causó asco al siervo de Dios. Y dándose cuenta de ello, se enojó consigo mismo y, como castigo, se echó dicho fluido por el

⁶¹ *Ibíd.*, p. 98.

⁶² *Ibíd.*, p. 135.

pecho y lo bebió delante de este testigo, que lo vio y le admiró, alabando a Dios por ello»⁶³.

Para llegar a ser un buen religioso, además de hacer un gran esfuerzo personal, es necesario sobre todo ponerse en manos de Dios. Y para ello es muy conveniente tener una relación fluida con Él. Y esto se consigue practicando con asiduidad un ejercicio espiritual del que vamos a hablar a continuación.

ORACIÓN

«La fama de Jesús se extendía cada vez más, y acudían grandes multitudes para escucharlo y para que los curase de sus enfermedades. Pero Él se retiraba a lugares solitarios para orar» (Lc 5,16).

Si bien a fray Martín se le conoce sobre todo por su actividad caritativa, ésta se sostenía en su vida contemplativa. Sabemos que se unía a la oración de Maitines que la comunidad rezaba a media noche. No participaba en más rezos comunitarios porque los hermanos cooperadores y los hermanos donados debían dedicarse a trabajar. Por eso a veces eran definidos como «hermanos de fuera de coro», como hemos leído anteriormente en el texto de las *Constituciones de Zepeda*. Veamos pues qué nos dice fray Antonio de Estrada sobre la oración privada de fray Martín y de su asistencia a la oración de Maitines:

«Dijo que siempre vio que este testigo era un buen cristiano, porque asiduamente hacía oración de día y de noche, hincado de rodillas. Y que sabe que fray Martín asistía a lo largo de todo el año a Maitines, sin faltar ninguna noche. Y que en todo el tiempo que le conoció, nunca faltó a tocar la campana al Alba, muestra evidente de que siempre estaba en oración»⁶⁴.

En efecto, fray Martín compensaba con creces su escasa oración comunitaria con una intensa y prolongada oración personal. Ésta la solía realizar a escondidas, para estar a solas con Dios, sin que nadie le interrumpiese. Así lo narra fray Antonio Gutiérrez:

⁶³ *Ibíd.*, p. 138.

⁶⁴ *Ibíd.*, pp. 205-206

«Y muchas veces solían andar a lo largo del día buscándole los frailes en el convento, y para ello tocaban la campana de la enfermería, haciéndole la señal que él tenía como enfermero. Pero de ningún modo aparecía, porque unas veces se metía debajo de un asiento elevado que estaba en la sala del Capítulo y otras en desvanes y sótanos, que era donde él iba a orar y donde en muchas ocasiones le hallaban haciendo sus ejercicios ascéticos»⁶⁵.

Además, fray Martín oraba por la noche en su celda, como narra Francisco Pérez Quintero, un laico que durante un tiempo estuvo ingresado en una habitación que formaba parte de la celda de fray Martín. Lo narra de este modo:

«En el tiempo en el que este testigo estuvo enfermo en la celda de fray Martín, que le parece que fueron unos quince días, poco más o menos, vio este testigo que todas las noches se recogía como a eso de la una de la noche, o poco más, y luego se ponía en oración delante de una imagen de santa Verónica que él tenía, y así estaba más de una hora. Y luego, en unos cajones altos que había en su celda, en los que él guardaba la ropa de la enfermería, el siervo de Dios cruzaba los brazos y metía la mitad superior del cuerpo dentro de ellos, quedando la otra mitad fuera, colgando. Y estaba en esta postura durante un larguísimo rato»⁶⁶.

Con el fin de ejercitar y fortalecer su relación con Dios, fray Martín salía periódicamente del convento para hacer retiros espirituales, como nos explica fray Antonio Estrada:

«En tiempo de vacaciones, cuando los frailes tenían permiso para divertirse y entretenerse, el venerable hermano se iba al convento de la recoleta de la Magdalena para pasar dichas vacaciones en soledad y oración continua. Y otras veces iba a una hacienda que tiene el convento del Rosario, llamada Limatambo, en la cual podía hacer con más comodidad sus ejercicios ascéticos»⁶⁷.

⁶⁵ *Ibíd.*, p. 291

⁶⁶ *Ibíd.*, p. 264.

⁶⁷ *Ibíd.*, p. 207

Fray Alonso Arenas nos dice que, a veces, fray Martín se iba a hacer un retiro espiritual durante unos días junto a su amigo fray Juan Macías:

«El venerable hermano fray Martín de Porres fue muy observante en nuestra santa fe católica y en la ley y preceptos divinos. Y era tan devoto y ascético que, en los días de vacaciones, cuando los demás frailes descansaban y se divertían –según las *Constituciones* de la Orden de Predicadores–, dicho venerable hermano se iba al convento de la recolección de la bendita Magdalena, que era una casa reformada de esta Provincia, y allí se perdía y no aparecía en muchos días, yendo a pasear a la huerta y practicaba ejercicios de virtud y de ascesis. También dedicaba tiempo a orar. Y en otras ocasiones conversaba con el venerable hermano fray Juan Macías. Y eso hizo fray Martín hasta que falleció»⁶⁸.

Cuando oramos regularmente, es decir, cuando nos relacionamos con Dios con asiduidad, nuestra mente se ilumina, pues Él nos transmite su sabiduría. Un buen ejemplo de ello lo tenemos en fray Martín.

SABIDURÍA

«Es mejor adquirir sabiduría que el valioso oro. Es preferible tener inteligencia a tener plata» (Pro 16,16).

Estudiando el Proceso de Beatificación, podemos ver claramente que fray Martín era una persona muy inteligente. Y esto es así, no porque tuviese un elevado coeficiente intelectual, que no lo sabemos, sino porque pensaba lo que hacía y lo que decía. En efecto, sus buenos consejos y sus acertadas predicciones son fruto, en muchos casos, de que sabía emplear bien su cerebro. Pero los testigos nos dicen que, además, parecía que fray Martín tenía un don especial que le permitía intuir ciertas cosas que otros no llegaban a alcanzar.

Por eso nos preguntamos: ¿acaso el Espíritu Santo le ayudaba intelectualmente? Y la respuesta es clara: sí, pues Dios nos ayuda a

⁶⁸ *Ibíd.*, p. 226

todos «hablándonos» en el corazón. Lo que ocurre es que, en ciertos casos, no somos capaces de distinguir la «voz» del Espíritu Santo en nuestro interior porque tenemos el corazón aturdido y embotado con el «ruido» que producen nuestras malas ideas y nuestros sentimientos negativos. Aunque también es usual que algunas personas no quieran hacer caso al Espíritu Santo, porque les resulta más cómodo actuar por su cuenta, caprichosamente.

Sin embargo, fray Martín escuchaba lo que Dios le comunicaba en lo profundo de su corazón, y actuaba en consecuencia. Y esto lo hacía siempre, no sólo cuando le apetecía o cuando le complacía lo que Dios le decía. Por eso podemos decir que fray Martín era un sabio. Y los testigos nos dicen que su sabiduría la desplegaba atendiendo a los enfermos, ayudando a los más pobres y hablando con los frailes.

Su sabiduría, por ejemplo, le permitía intuir las cualidades ocultas de las personas. Fray Cipriano de Medina nos narra una anécdota muy simpática de cuando él era novicio y todos se reían de él por lo feo que era.

«En el año en que este testigo hizo el noviciado, un día, estando con los demás novicios y con otros frailes para que fray Martín les afeitase, algunos de sus hermanos y compañeros, como haciendo burla y algarabía de este testigo, le dijeron al dicho hermano fray Martín de Porres: “Hermano, afeite al hermano fray Cipriano, que es el feo de esta casa”. Y es que por entonces este testigo era muy pequeño y muy gordo, y tenía tanto vello en el rostro que le afeaba demasiado, y por eso en el convento le llamaban “el feo”.

Y habiendo oído el hermano fray Martín de Porres la risa con que se lo decían, con la modestia que acostumbraba y que usaba en todas sus acciones y palabras, les dijo: “Feo le llamáis, porque le veis chiquito y de esta manera; pues yo os digo que él crecerá y será una honra para nuestra Orden y un fraile de gran estatura”.

Bueno, pues al cabo de un año, poco más o menos, tuvo este testigo una enfermedad de calenturas muy grandes, y estuvo en la cama cuatro o cinco meses. Y tras haber sanado de esta enfermedad, se levantó de ella con media vara más de la altura que tenía cuando enfermó. Había crecido tanto, que no le pudieron servir los hábitos que antes tenía, y fue necesario

hacerle otros nuevos, con mucha admiración de todo el convento. Y desde entonces empezó a obrar la profecía de dicho hermano, porque fray Cipriano ha llegado hasta hoy sirviendo a su Orden continuamente con su trabajo y sus estudios, por lo que le ha premiado Dios y dicha Orden con importantes puestos y títulos”»⁶⁹.

Como decíamos, fray Martín hacía uso de su sabiduría en la vida simple y cotidiana. Recordando aquella escena en la que fray Martín invitó a merendar a un grupo de novicios en su celda, de la que hablamos anteriormente, fray Cipriano de Medina nos dice que después ocurrió lo siguiente:

«Volviéndose fray Martín a uno de los novicios que le rodeaban, le dijo por su nombre: “Fray Fulano, pon ahí el trozo de plátano frito que tomaste, que no es nuestro, pues tiene dueño”. Y quedando todos asombrados, y sobre todo dicho novicio, éste le dijo: “¿Qué trozo de plátano frito, hermano? Nadie ha tocado aquí ninguno”. Y sonriéndose, fray Martín le respondió: “Sácalo del zapato, ya que no está ahí bien, pues eso atenta contra Nuestro Señor Jesucristo”. Y entonces el novicio lo sacó, quedando todos admirados y absortos»⁷⁰.

Este tipo de detalles nos muestran que fray Martín era un fraile despierto e inteligente. Por eso, cuando algunos testigos del Proceso de Beatificación nos dicen que fray Martín era capaz de atravesar milagrosamente puertas cerradas, podemos pensar que, quizás, había encontrado un truco para abrirlas o para entrar por otro lugar. Esta habilidad de fray Martín era patente en el noviciado, pues éste se cerraba con llave todas las noches, pero él era capaz de atender a los novicios después de que se cerrase la puerta. Y lo mismo podemos decir de su habilidad para saber cuándo le necesitaba un enfermo. Fray Francisco de Velasco fue testigo de ello. Así lo cuenta:

«Siendo este testigo novicio en el convento del Rosario de la Orden de Predicadores, tuvo una grave enfermedad de calenturas, por la cual llegó a estar desahuciado y recibió los sagrados Sacramentos. Y en el rigor mayor de esta enfermedad,

⁶⁹ *Ibíd.*, p. 87.

⁷⁰ *Ibíd.*, p. 89.

entre la una y las dos de la noche, padeciendo mucho, sudando todo su cuerpo, lleno de ansias y fatigas, sin que hubiera nadie a aquellas horas que se compadeciese de este testigo, ni le pudiera socorrer por estar como estaba en el noviciado solo y con mucha angustia, entró por la puerta de su celda el hermano fray Martín de Porres con un brasero de candela y una camisa. Y sacando un poco de romero de la manga, calentó dicha camisa y se la puso a este testigo con entrañable amor y caridad. Y preguntándole este testigo al hermano fray Martín de Porres que quién le había avisado de la necesidad y aflicción que estaba padeciendo a aquellas intempestivas horas de la noche, le respondió: “No seas bachiller, chiquito; quédate con Dios, que no morirás de ésta”»⁷¹.

A su vez, fray Martín también sabía intuir cuándo un enfermo le llamaba sin necesidad. Así lo atestigua fray Alonso de Arenas:

«Sabe este testigo que el venerable hermano fray Martín de Porres fue humildísimo y de profundo silencio. Y también sabe que amaba mucho la soledad, de tal manera que en algunas ocasiones este testigo no le encontró en todo el convento. Y cuenta este testigo que, en efecto, estando fray Martín en soledad siempre que le buscó no le pudo hallar. Salvo una vez, cuando había un enfermo que estaba necesitado. Y tras preguntarle este testigo a fray Martín que dónde había estado, porque le había andado buscando para dicha necesidad, él le contestó: “Váyase, hermano, porque ese padre que dice que está necesitado, no tiene necesidad”»⁷².

Dios nos anima a compartir nuestra sabiduría dando buenos consejos a los demás. Así, nosotros transmitimos hacia afuera la luz que Dios infunde dentro de nuestro corazón. Eso es algo que fray Martín practicó asiduamente, porque no podía quedarse egoístamente aquel don que Dios le había dado.

⁷¹ *Ibíd.*, p. 102.

⁷² *Ibíd.*, p. 220.

CONSEJO

*«Sigue el consejo de los prudentes y no desprecies ningún buen aviso»
(Tob 4,18).*

Fray Martín no hacía distinción de personas a la hora de dar buenos consejos. Esto era así porque todo tipo de gente acudía a él solicitándole ayuda. Fray Juan de Barbazán lo describe de este modo:

«Y vio este testigo que le consultaban como a oráculo del Cielo: las autoridades eclesiásticas para la prudencia, los doctos para la doctrina, los espirituales para la oración, los afligidos para el desahogo, siendo medicina general para todas las dolencias»⁷³.

Desde los tiempos de los antiguos monjes del desierto, la figura de la «madre espiritual» o del «padre espiritual» ha sido fundamental en la vida religiosa. No es un cargo que se consiga por medio de un nombramiento, tampoco es algo que se pueda comprar ni que se logre tras aprobar un examen. Más bien es todo lo contrario: una persona llega a ser madre o padre espiritual cuando otras personas libremente le solicitan ser sus hijos espirituales. Así se formaron las primeras colonias de monjes en el desierto: en torno a grandes maestros a los que se les fueron uniendo discípulos. Por eso, en la vida religiosa, ser una madre o un padre espiritual es considerado el mayor grado de madurez interior.

Pues bien, siendo fray Cipriano de Medina novicio, era tal la admiración y el cariño que sentía por fray Martín, que le pidió que fuera su padre espiritual. Dice así:

«Siendo este testigo novicio, le pidió al siervo de Dios que le reconociese por hijo y le atendiese como padre en la Orden de Predicadores. Y así, como tal hijo le miraba y estaba atento a lo que hacía, para imitarle en lo que fuese posible»⁷⁴.

También hubo un español que le pidió que fuera su padre espiritual, pero fray Martín se resistió por largo tiempo a serlo, hasta que accedió y se convirtieron en grandes amigos. Así lo cuenta su

⁷³ *Ibíd.*, p. 110.

⁷⁴ *Ibíd.*, pp. 86-87.

protagonista, Baltasar Carrasco de Orozco, que era abogado de la Real Audiencia y Chancillería de Lima:

«Y viéndole este testigo de tan extraordinaria virtud y que todas las veces que la comunidad comulgaba era el último a quien los sacerdotes daban la Comunión, deseoso de participar de la oración que aquel fraile tenía y de los favores que este testigo juzgaba que la divina Majestad le hacía, le pidió y rogó muchas veces que le prohijase de tal manera que este testigo le llamase “padre” y él le llamase “hijo”. A lo cual él se resistió mucho tiempo, diciendo a este testigo que para qué quería tener un padre mulato, pues él lo era y eso no parecía bien. A lo que este testigo le respondió que a quien le dirían que tenía un padre mulato, siendo español, era a este testigo, pero a él le dirían que tenía un hijo español.

Y aunque puso por intercesores a algunos frailes, y se lo pidió muchas veces, no pudo conseguirlo hasta que, al cabo de algunos años, después de la Comunión que fray Martín recibió en la Misa comunitaria, estando este testigo en la sacristía del convento, dicho hermano entró en ella y le abrazó a este testigo, llamándole “hijo” y diciéndole que los hijos que tenía este testigo eran sus “nietos”. Con lo cual, desde el año 1628, este testigo mantuvo una estrecha amistad con el venerable hermano fray Martín de Porres y hablaba con él muy de ordinario, viéndole en la enfermería y en el convento de la recoleta de la Magdalena, donde este fraile iba durante las vacaciones a trabajar en la huerta, que era el mayor entretenimiento que tenía, diciendo fray Martín que con aquello se ganaba el sustento»⁷⁵.

También fue consejero de importantes autoridades eclesiásticas, como así lo revela fray Antonio Gutiérrez:

«Sabe este testigo, por haberlo visto, que todo el tiempo que vivió el venerable hermano fray Martín de Porres, fue visitado y apreciado por muchas personas importantes y principales del virreinato y buenos cristianos. Los cuales trataban y dialogaban con él por el conocimiento que tenían de su santidad y de sus virtudes. Y estas personas le llevaban muchas limosnas, para

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 232.

que por su mano las repartiese a los pobres, como de hecho así hacía. Y en particular, vio que trataban y conversaban con él muy estrechamente los ilustrísimos señores don Feliciano de Vega, arzobispo de México y don Pedro de Ortega Sotomayor, obispo de Cuzco, pues le querían, estimaban y apreciaban mucho, por las razones dichas»⁷⁶.

Cuando era necesario, fray Martín daba consejos por escrito, como hizo con fray Antonio Mesina, el cual, tras hablar con fray Martín, ingresó en el convento de Cuzco unos meses antes de que nuestro santo muriera. Pero fray Martín tuvo tiempo de escribirle una carta dándole consejos para que fuese un buen religioso. Es una pena que esta carta se haya perdido. Dice fray Antonio:

«Habiéndose ido este testigo a la ciudad de Cuzco, movido por Dios, ingresó en la Orden de Predicadores tres meses antes de que fray Martín muriera. Y éste, cuando supo que había ingresado en la Orden, le escribió una carta en la que le aconsejaba que tuviera perseverancia, y dándole otros muchos consejos sobre la vida religiosa»⁷⁷.

Pero fray Martín sobre todo dio consejo y consuelo a los más pobres de Lima, como así nos lo cuenta fray Antonio Gutiérrez:

«Y a la gente de baja condición, como los negros y los nativos, procuraba atraerles al camino verdadero de la salvación hablándoles de Dios, animándoles a que guardasen sus mandamientos y pidiéndoles que no le ofendiesen»⁷⁸.

Y fray Laureano de los Santos, que era hermano cooperador, añade lo siguiente:

«Afirma que fray Martín, siendo el “padre de pobres” y remedio y consuelo de todos, no solamente lo era con los frailes de su convento, sino también con las personas laicas que vivían en la calle, porque a todas socorría, no solamente con las limosnas que les daba, sino también con consejos espirituales, con los que a todos les dejaba consolados»⁷⁹.

⁷⁶ *Ibíd.*, pp. 294-295.

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 172.

⁷⁸ *Ibíd.*, pp. 292-293.

⁷⁹ *Ibíd.*, p. 368.

En efecto, esto es muy importante: el buen religioso no debe contentarse con ayudar materialmente a los más necesitados, debe asimismo ayudarles espiritualmente, haciéndoles sentir el consuelo de Dios. Veamos este edificante testimonio de fray Fernando Aragonés:

«En ciertas ocasiones, fray Martín iba al poblado donde estaban los negros, a quienes él llamaba “tíos”. Y éstos, viendo al siervo de Dios, cada uno salía con su dolencia: unos con llagas, otros descalabrados y otros con dolores. Y a todos les curaba con una cajita de ungüentos y trapos que llevaba, dejándoles a todos consolados. También les reprendía sus vicios. Y con algunos hablaba de lo que habían robado aquel día y les reñía mucho. Y luego se iba a los aposentos de las ancianas negras que estaban enfermas, y las curaba y consolaba, sintiendo compasión por los sufrimientos que ellas tenían. Todo lo cual era su entretenimiento, su gusto y su deleite»⁸⁰.

Hay un modo muy especial de dar consejo, a saber: predicando el Evangelio en nuestra vida cotidiana, ya sea dando un edificante testimonio o hablando de Dios con otras personas. Es así como fray Martín daba a conocer lo que había contemplado en su corazón.

PREDICACIÓN

«Entregaron a Jesús el volumen del profeta Isaías y, desenrollando el volumen, halló el pasaje donde decía: “El Espíritu Santo está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva”» (Lc 4,17-18).

Si bien fray Martín no se formó teológicamente para poder predicar en un púlpito, acabamos de ver cómo dedicó tiempo y esfuerzo para ayudar a que se acercasen a Dios los más pobres y maltratados por la sociedad. Sabiendo que la vida de estas personas podía parecer un infierno, fray Martín les hablaba del Evangelio para que, viviéndolo, fuesen más felices en este mundo y, asimismo, caminasen interiormente hacia la plena felicidad. A este respecto, fray

⁸⁰ *Ibíd.*, p. 127.

Francisco de Santa Fe que, como él, era un hermano donado, dice lo siguiente:

«Muchas veces fray Martín andaba por las haciendas del convento del Rosario enseñando la doctrina cristiana y la fe en Jesucristo a los negros, a los nativos y a la gente de baja condición que vivían en ellas»⁸¹.

Fray Juan de la Torre nos habla ahora de cómo fray Martín convirtió con sus elocuentes palabras a un holandés moribundo:

«La noche en la que el enemigo [el corsario holandés Joris Van Spilbergen] vino a este virreinato [y fue derrotado], que fue en los tiempos en los que el Príncipe de Esquilache [don Francisco de Borja y Aragón] era el virrey [en 1615], entre algunos de aquellos extranjeros que quedaron en esta ciudad, uno se llamaba Esteban, el cual era tenido por cristiano católico y, de hecho, se le permitió casarse.

Bueno, pues estando este señor muriéndose en el hospital del Señor San Andrés de esta ciudad, y estando agonizando durante tres días -con admiración de los que le asistían y le veían sufrir tanto-, el último día fue a toda prisa el siervo de Dios fray Martín de Porres a dicho hospital, a más de media noche. Y le dijo al enfermo: «Pues, ¿cómo es esto? Estaba usted sin bautizar y se quiere morir?». Y es que, en efecto, después se descubrió que no estaba bautizado.

Entonces, fray Martín le dijo tantas cosas con el fin de convertirle, que lo consiguió, por lo que el enfermo le pidió que le bautizase. Y el siervo de Dios fray Martín de Porres fue a toda prisa a llamar al cura, a quien pidió que bautizase a aquel enfermo y le casase. Y, acto seguido, éste murió»⁸².

También colaboramos con el Reino de Dios realizando correctamente el trabajo que tenemos encomendado. Eso lo tenía muy asumido fray Martín.

⁸¹ *Ibíd.*, pp. 317-318.

⁸² *Ibíd.*, p. 143.

LABORIOSIDAD

«Pablo se quedó a vivir y a trabajar con ellos. El oficio de ellos era fabricar tiendas» (Hch 18,3).

Los testigos del Proceso de Beatificación coinciden en afirmar que nuestro santo era muy activo, pues no le gustaba perder el tiempo ni holgazanear. Siempre estaba haciendo algo. Así lo describe fray Juan de Medina, que era hermano cooperador:

«Y vio este testigo a fray Martín asistir todos los días al rezo comunitario de Maitines, orando mucho durante el resto del día y sin que se supiese que él tuviera alguna hora de descanso. Porque en cuanto salía del coro se iba a tocar el toque del Alba. Y la mayor parte del día ejercía el ministerio de enfermero, curando y consolando a los enfermos y a los pobres. Sobre todo en las épocas en las que los muchachos de esta ciudad solían venir al río para bañarse y para guerrear con hondas y apedrearse, haciendo entre ellos dos reñidos bandos, de los que solían salir muchos de ellos heridos. Y el siervo de Dios los recogía y curaba con todo amor y piedad»⁸³.

Pues bien, viendo los superiores que fray Martín era un fraile inteligente y trabajador, sabemos que le encomendaron varios servicios conventuales que eran importantes y complejos: los de campanero, barbero, ropero y enfermero.

Ser campanero requiere una diaria y escrupulosa dedicación, pues había que tocar la campana puntualmente todos los días a las horas encomendadas. Y si fray Martín no podía hacerlo, debía buscar a un sustituto. Porque si no se tocaba la campana a la hora determinada, esto creaba problemas a aquellos frailes que estaban pendientes de dicho toque. Esto, como podemos ver, requería una gran disciplina.

Por otra parte, fray Martín también era el barbero de la comunidad, que tenía entre 150 y 200 frailes. Eso supone que todos los días había varios que le buscaban para cortarse en pelo, hacerse la

⁸³ *Ibíd.*, p. 174.

tonsura o afeitarse. O para sacarse una muela o hacer una cura, pues de eso también se ocupaban los barberos de aquella época.

Otro oficio era el de encargado de la ropería. Tener hábitos y ropa de cama limpios y aseados para un convento tan grande era un trabajo muy complejo. Además, la observancia impuesta en el convento impedía al fraile ecónomo darle el suficiente dinero a fray Martín para conseguir más ropa, o repararla. Por lo que él mismo debía conseguir las limosnas suficientes para abastecer la ropería. Asimismo, fray Martín lavaba la ropa, la reparaba y, a veces, también la confeccionaba. Más adelante conoceremos testimonios sobre ello.

Pero lo que más trabajo daba a fray Martín era su oficio de ayudante de la enfermería. Más aún cuando él ejercía también el oficio de cirujano, haciendo diversas curas e intervenciones. Ya hemos visto que el oficio de enfermero es el más abnegado de todos, pues los enfermos, sin querer, crean muchos problemas. Más adelante veremos que fray Martín, por su cuenta, sembraba plantas medicinales para sanar a los frailes y a los pobres, y otro tipo de plantas y árboles simplemente para que la gente disfrutase de ellas y pudiese contemplar a Dios.

A todo esto hay que añadir la «portería falsa». En ella fray Martín recibía a los criollos y españoles pobres, a los nativos y a los negros. Junto a esta portería él tenía una enfermería para atender debidamente a los negros que trabajaban en el convento, y la utilizaba también para estas personas.

El hecho es que fray Martín había convertido la portería falsa del convento en una especie de centro asistencial al que acudían mucha gente necesitada. Fray Fernando Aragonés, que fue enfermero jefe desde 1625⁸⁴, nos dice lo siguiente:

«Este testigo vio que en la portería falsa esperaban a dicho siervo de Dios españoles y criollos pobres, para que les curase las infecciones de piel y las llagas incurables, las cuales estaban envejecidas y eran resistentes a las medicinas. Y cuatro días después de que fray Martín las hubiese tratado y las hubiese tocado con sus manos, éstas tenían mejor aspecto, quedando sanadas.

⁸⁴ Cf. Busto, p. 116.

Lo mismo hacía a los nativos y los negros, a quienes curaba el siervo de Dios fray Martín de Porres con el ardiente celo de la caridad y del amor a Dios que ardía en su alma»⁸⁵.

Este centro asistencial que montó fray Martín al lado de la portería falsa le trajo algunos problemas con la comunidad. El cirujano Marcelo Ribera nos narra un conflicto que tuvo fray Martín con su prior a causa de un nativo que, sin permiso, él había metido en la enfermería de los negros de la comunidad. El prior no le prohibió curar al nativo dentro de la enfermería, sino que lo dejase ingresado en ella, es decir, dentro de la clausura del convento. Veamos:

«Y cuando vivía este testigo en el convento, resultó que detrás de la portería falsa le dieron una puñalada a un nativo que le abrió las tripas. Y el siervo de Dios fray Martín de Porres envió a llamar a este testigo para que le curase. Y como no encontró al testigo, le curó él mismo, acomodándole en la enfermería de los negros del convento. Entonces, unos frailes fueron a quejarse al prior de que fray Martín estaba metiendo en la enfermería de los negros a enfermos de fuera, y a nativos y a negros pobres. Por ello, el prior le ordenó a fray Martín que sacase del convento a aquel nativo.

Por lo que fray Martín le envió a casa de su hermana, que vivía a una cuadra del convento, dándole pasas, pan y conservas, y diciéndole a dicho nativo que le enviaría a este testigo para curarle. Y yendo al día siguiente este testigo a curarle, pues así se lo pidió el siervo de Dios, no halló en él ninguna herida, sólo una raya rojiza con forma de cordón. Por lo que, bueno y sano, dicho nativo fue a darle las gracias a fray Martín. Y esto fue, asimismo, público y notorio»⁸⁶.

Fray Martín no salió a cuidar al nativo que había enviado a casa de su hermana porque él no salía del convento sin permiso. Pero fray Antonio de Estrada nos dice que los superiores a veces le ordenaban que saliese a atender a gente de fuera, pues había autoridades civiles y eclesiásticas que solicitaban que fuese a atenderles cuando estaban enfermos. Y esto es así porque tenía fama de ser un caritativo, inteligente y virtuoso enfermero:

⁸⁵ *Proceso de beatificación...*, p. 122.

⁸⁶ *Ibíd.*, pp. 138-139.

«El venerable hermano fray Martín de Porres nunca salía de su convento, si no era a petición de algunas personas importantes de la ciudad y obligado por sus superiores, los cuales le ordenaban visitar a dichas personas cuando éstas enviaban a alguien para llamarle. Esto ocurría sobre todo con el señor arzobispo de México, don Feliciano de Vega, que en sus enfermedades no tenía otro consuelo más que el de tenerle a su cabecera. Y lo mismo oyó decir este testigo de otros señores jueces y de otras personas muy importantes del virreinato, las cuales mostraban la satisfacción que tenían ante la virtud de fray Martín, y la estimación y aprecio que sentían hacia su persona»⁸⁷.

Para que nos demos cuenta de la gran capacidad de trabajo que tenía fray Martín, vamos a dejar que fray Fernando Aragonés nos hable de una epidemia de sarampión que asoló Lima:

«Y en este tiempo hubo una epidemia en esta ciudad de una enfermedad que llamaban “alfombrilla” o “sarampión”, en la cual tuvo este testigo en su enfermería sesenta enfermos, siendo la mayoría novicios. Y esta enfermedad producía crueles calenturas, las cuales se subían a la cabeza, por lo que los enfermos deliraban, dejándoles sin el uso de la razón, y sin que fuese posible darles las medicinas convenientes. Y en esto anduvo el siervo de Dios sin parar día y noche, atendiendo a dichos enfermos con ayudas, bebidas reconfortantes y ungüentos. Y a media noche les llevaba azúcar, miel de rosa, calabaza y agua para refrescar a dichos enfermos»⁸⁸.

Pero una persona que es trabajadora, lo es siempre, pues no ve el trabajo como un sacrificio, sino como una actitud ante la vida. Por eso, fray Fernando Aragonés nos habla del trabajo que nuestro santo también hacía en la granja de los dominicos:

«Y asimismo, fray Martín solía algunas veces irse a la granja, eligiendo la soledad de ella, para estar todo el día en oración y contemplación, por lo que no le podían hallar hasta la noche. Y cuando le hallaban, estaba echando hierba a las mulas de la

⁸⁷ *Ibíd.*, pp. 208-209.

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 122.

recua y paja a los bueyes que araban. Y al decirle a dicho siervo de Dios que lo dejase, pues había negros que podían hacerlo, respondía diciendo: “Los negros están cansados y estos animales han trabajado más que yo, y se han ganado la comida, y es una falta de caridad no dársela. Yo no me la he ganado, ni la merezco, porque no he hecho hoy nada para servir a Dios. Por eso hago esto, para que no se me pase el día sin hacer nada en su santo servicio” »⁸⁹.

Cuando fray Martín ya era un veterano y respetado fraile de la comunidad, y podía tener buenas excusas para evitar los más duros y desagradables trabajos, no lo hacía, porque le gustaba trabajar. Fray Juan Ochoa de Verástegui nos narra una curiosa anécdota que tiene una bella moraleja:

«Este testigo vio una mañana al venerable hermano fray Martín de Porres ocupado en limpiar unas letrinas del convento. Esto lo hacía todas las mañanas a pesar de tener que ir a casa del señor arzobispo de México, don Feliciano de Vega, que estaba en aquel tiempo en esta ciudad enfermo y había pedido como especial favor y consuelo que fray Martín le asistiese. Entonces este testigo le dijo a este venerable fraile: “Hermano fray Martín, ¿no es mejor estar en la casa del señor arzobispo de México que en las letrinas del convento?”. A lo cual respondió este siervo de Dios aquello que decía el santo rey David: *“Prefiero el umbral de la casa de Dios, a morar con los malvados”* [Sal 85,11]. Y añadió: “Padre fray Juan, más estimo un rato haciendo este trabajo que los muchos días que tengo que estar en casa del señor arzobispo”.

Y este testigo, aunque al ver a dicho siervo de Dios realizando aquel trabajo pudiera considerar que él tenía mal olor, siempre le vio como si no lo hiciera ni trabajara en ello, considerando muy agradables tanto su olor como su persona. Por lo que jamás le olió mal, llevando como llevaba puesto el siervo de Dios una camisa de tela de saco como ropa interior, sobre la piel, y sabiendo que, trabajando tanto todos los días, sudaba mucho. Y aunque este testigo llegó muchas veces a abrazarle, siempre le halló con un suave olor corporal. Y considera que la razón de ello es que, así como aquel que viviendo entre pecadores no

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 127.

peca y de él se puede decir, con toda seguridad, que obra bien, del mismo modo, aquel que vive entre malos olores no huele mal y de él se puede decir, también con seguridad, que huele bien»⁹⁰.

Fray Martín era muy laborioso, pero no trabajaba en aquello que le venía en gana, actuando caprichosamente, sino que siempre realizaba las labores que le encomendaban sus superiores, o aquello que le pedían los necesitados, o lo que Dios le inspiraba interiormente.

OBEDIENCIA

«[Dijo Jesús a sus discípulos:] He bajado del Cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn 6,38).

Fray Antonio de Estrada nos ha contado anteriormente la pequeña discusión que fray Martín –cuando ya estaba mayor y achacoso– tuvo a cuenta de las sábanas con su prior provincial, fray Luis de Bilbao, pues fray Martín no las usaba y el prior provincial le obligó a hacerlo. Vamos a ver ahora cómo acabó aquello:

«Y habiéndose despedido el prior provincial de fray Martín, a las siete de la noche, poco más o menos, al día siguiente regresó a su celda, como a eso de las once de la mañana, y lo hizo en compañía de este testigo, por ser entonces su asistente. Y habiendo entrado en la celda del siervo de Dios, le hallaron que estaba echado en la cama que el prior provincial le había mandado tener. Por lo que dijo que se alegraba mucho de que el siervo de Dios le hubiese obedecido poniéndole sábanas a la cama. Y después salió de dicha celda el prior provincial. Y estando fuera de ella, le dijo este testigo: “Vuestra paternidad debe de pensar que fray Martín, aunque está echado, está sin ropa. Pues yo os digo que está vestido, sin serle de ningún alivio ni regalo las sábanas».

Oído lo cual, el padre provincial volvió a entrar con este testigo en la celda del siervo de Dios y, para verificarlo, se acercó a él,

⁹⁰ *Ibíd.*, p. 116.

le levantó las sábanas y vio que estaba entre dichas sábanas vestido y calzado, tal y como andaba por el convento. Y preguntándole el prior provincial por qué hacía eso, fray Martín le respondió con grandísima alegría que para un perro mulato las sábanas eran un gran regalo y que, poniéndolas en la cama, él había cumplido con el mandato de acostarse en ellas»⁹¹.

Esta simpática anécdota nos revela un dato significativo: fray Martín pasó a ser un referente tan importante para el convento del Rosario, y quizás también para toda la Provincia, que el prior provincial se preocupaba personalmente de su bienestar. Vamos a ver ahora qué dice Baltasar Carrasco de Orozco sobre la obediencia que fray Martín tenía a sus superiores y lo ejemplar que era para todos:

«Desde el año 1626 trató y habló con el hermano fray Martín de Porres, y siempre le tuvo por persona de extraordinaria virtud, viéndole frecuentar los Sacramentos en el convento de Nuestra Señora del Rosario de esta ciudad. Asimismo, él acudía a la enfermería y a las demás tareas que sus superiores le mandaban. Y era tan puntual, que siempre oía este testigo a los frailes del convento que su virtud y obediencia eran excepcionales. Y dado lo ejemplar que era su vida, este testigo veía que, generalmente, frailes y personas laicas acudían a él para que les encomendase a Dios y les aconsejase el camino de su salvación»⁹².

Ser obediente no significa tener que cumplir todos los deseos de otras personas. Si bien fray Martín obedecía a sus superiores, no siempre hacía lo que le pedían sus hermanos de comunidad. Como es lógico, algunas veces no lo hacía porque no podía o porque no tenía tiempo para hacerlo, y otras porque no lo consideraba conveniente. Eso provocaba que algunos frailes se enfadasen con él y le trataran mal. Ya hemos visto anteriormente la entereza con la que fray Martín sobrellevaba los insultos que a veces recibía de estos hermanos. Veamos que más nos dicen sobre ello los testigos del Proceso de Beatificación.

⁹¹ *Ibíd.*, pp. 204-205.

⁹² *Ibíd.*, pp. 231-232.

PACIENCIA

«Yo [Pablo], preso en el Señor, os exhorto a que viváis de una manera digna la vocación a la que habéis sido llamados, y hacedlo con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor» (Ef 4,1-2).

Fray Martín desarrollaba esta virtud sobre todo con los enfermos, a los que acompañaba durante toda la noche si era necesario. Catalina, la sobrina de fray Martín, nos habla de cómo atendió a un español que estaba hospedado en su casa y de cómo estuvo junto a él toda la noche. El final es algo sorprendente:

«Esta testigo declara ahora que hace 24 años poco más o menos, estando hospedado en una habitación de la casa de su madre un hombre llamado Antonio Cruzado, que estaba recién llegado de España, una noche, a deshora, tuvo un accidente tan grave que le tuvieron por muerto. Entonces, al día siguiente por la mañana, habiendo llamado a un médico, éste lo desahució y mandó que le dieran los santos Sacramentos. Por lo que, en efecto, se los dieron, lo cual afligió notablemente a la madre de esta testigo. Y por conocer como conocía al venerable hermano fray Martín de Porres, le envió a llamar para que les ayudase en esta necesidad.

Y habiendo venido, halló que todas las personas que asistían a dicho enfermo estaban afligidas, porque se moría infaliblemente. Y habiéndole examinado, se sentó sobre su cama y le comenzó a hablar muy de veras sobre Dios Nuestro Señor. Y echándose el venerable hermano fray Martín de Porres en dicha cama, junto al enfermo, durmieron juntos durante toda la noche, hasta el día siguiente. Y por la mañana se vio que este enfermo estaba bueno y sano, y parecía no haber tenido dolencia ninguna. Y todos quedaron admirados al ver un caso tan prodigioso como el referido.

Y por haber hecho promesa el dicho enfermo en presencia del venerable hermano de servir a Dios como fraile en un convento, una vez que estuvo restablecido, cuando aún no habían pasado 15 días de aquello, tomó el hábito de religioso descalzo del seráfico padre san Francisco. Y todos lo tuvieron por milagro

patente y conocido, el cual había sido obrado por Dios Nuestro Señor por intercesión del siervo de Dios fray Martín. Y todos le dieron infinitas gracias por ello»⁹³.

Es decir, fray Martín dejó lo que estaba haciendo para atender a este accidentado español en casa de su hermana. Eso le supuso, previamente, pedir permiso al prior y buscar a alguien que le reemplazase para tocar la campana a media noche y a las 4:30 de la madrugada. También pasó toda una noche con dicho enfermo para velarle, aunque la sobrina dice que se quedó dormido sobre la cama. Y asimismo, tuvo ánimo para acompañarle vocacionalmente, ayudando al Espíritu Santo a llamarle a la vida religiosa dentro de la Orden franciscana. Para todo eso se requiere mucha paciencia. Y mucho tesón.

Además de paciente, fray Martín era muy austero. Era feliz con lo indispensable. No necesitaba tener cosas para sentirse a gusto, pues tenía lo más importante: a Dios.

AUSTERIDAD

«La comunidad de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos sus bienes, sino que todo lo tenían en común» (Hch 4,32).

La pobreza era uno de los elementos fundamentales de la observancia regular promovida por los reformadores peruanos. Y para vivir dicha pobreza, siempre ha sido muy importante tener uno o, mejor, varios referentes dentro de la comunidad. Nos referimos a esas hermanas y hermanos que son felices viviendo austeramente, pues se conforman con lo imprescindible. Y viendo su forma de vida, el resto de la comunidad procura seguir su ejemplo. Bueno, pues analizando el Proceso de Beatificación, podemos ver que fray Martín fue un modelo fundamental para los reformadores peruanos. Éstos, como ya hemos visto, en lugar de acumular o malgastar el dinero y las posesiones que tenía la Provincia, optaron por promover la austeridad comunitaria y destinar muchos recursos económicos,

⁹³ *Ibíd.*, p. 322.

esfuerzos y tiempo a los más necesitados. Es decir, optaron por vivir el Evangelio al estilo de santo Domingo.

Ya hemos conocido la austeridad de fray Martín en los anteriores testimonios. Por eso, en este apartado vamos a limitarnos a escuchar a dos testigos. El primero, fray Alonso de Arenas, nos describe dónde y cómo dormía fray Martín:

«Sabe que el venerable hermano fray Martín de Porres fue muy observante en los tres votos de la vida religiosa, esto es, en la obediencia, castidad y pobreza. Y que era sumamente pobre, de tal manera que jamás este testigo le conoció cama. Y que para dormir lo hacía, cuando llegaba la noche, sobre un banco. Y que cuando se hallaba achacoso, se echaba sobre una sencilla cama de cuero con una mantita vieja»⁹⁴.

Y ahora fray Antonio de Estrada nos habla sobre los zapatos:

«Sabe que el venerable hermano fray Martín de Porres fue tan pobre que jamás tuvo cosa suya, ni le vio ponerse zapatos nuevos. Pues los que traía eran unos que había desechado un fraile de vida ejemplar, llamado fray Juan Fernández»⁹⁵.

Fray Martín no era una persona pasiva. Es decir, no era alguien que esperaba que los problemas se solucionasen por sí solos. Era, más bien, todo lo contrario.

EMPRENDIMIENTO

«Al atardecer, se acercaron a Jesús sus discípulos diciendo: “El lugar está deshabitado, y la hora es ya avanzada. Despide pues a la gente para que vayan a los pueblos y compren comida”. Pero Jesús les dijo: “No tienen por qué marcharse, dadles vosotros de comer”» (Mt 14,15-16).

Actualmente las empresas promueven que sus empleados sean *proactivos*, es decir, que sepan tomar decisiones para anticiparse a los posibles problemas que puedan surgir. La persona proactiva no se

⁹⁴ *Ibíd.*, p. 225.

⁹⁵ *Ibíd.*, p. 204.

limita a esperar, sino que busca alternativas y nuevas soluciones para que todo salga bien. Y eso lo consigue dando lo mejor de sí misma. Pues bien, fray Martín encajaba perfectamente con este perfil de persona. Esto lo vemos en este testimonio que aporta Francisco Pérez Quintero, el cual sanó de unas fiebres muy graves gracias a que fray Martín tomó la decisión de hacerse cargo de él. Dice así:

«Estando este testigo trabajando en las obras del convento del Rosario, en su oficio de carpintero-ensamblador, llegó a enfermar de unas fiebres muy graves por las que tuvo que estar en la cama durante tres o cuatro meses, poco más o menos, y fue atendido por el doctor Navarro, un buen médico de esta ciudad. Y habiéndole mandado diferentes tratamientos, además de purgarlo, se halló peor este testigo, tanto, que dicho médico mandó que le dieran los santos Sacramentos y le desahució, diciéndole que, sin duda, se estaba muriendo. Además, el médico mandó tener cuidado con este testigo, y le prohibió hablar con nadie, de tal manera que se dio por seguro que no iba a sobrevivir.

Estando en este estado, fueron a la celda de este testigo el venerable hermano fray Martín de Porres en compañía de otro hermano donado compañero suyo. Y entre ambos tomaron en brazos a este testigo, le llevaron a la celda del venerable hermano fray Martín de Porres, prepararon la cama de este fraile y le acostaron en ella. Luego, el venerable hermano le puso dos ladrillos, lo más calientes que pudo, uno en los pies y otro en el estómago, lo arropó mucho y se fue, dejándole reposar.

Con lo cual, este testigo durmió desde las nueve de la mañana hasta más de las cuatro de la tarde, que fue cuando volvió a entrar en dicha celda el venerable hermano fray Martín de Porres, llevándole comida a este testigo. Y comió muy bien. Y desde entonces así lo hizo, y fue mejorando sin más medicina que la referida, y sin que se le aplicase ningún otro remedio. Y es así como, al cabo de pocos días, estuvo bueno y sano. Y siempre ha pensado este testigo que su mejoría fue un milagro que Dios Nuestro Señor había obrado por intercesión del siervo de Dios fray Martín de Porres»⁹⁶.

⁹⁶ *Ibíd.*, pp. 263-264.

Ya hemos comentado que, muy probablemente, una de las medidas de austeridad tomadas por fray Salvador de Ribera para reformar la Provincia de San Juan Bautista en 1594, fue pedir a las comunidades que redujesen al máximo los gastos, con el fin de poder dedicar muchos más recursos a la ayuda de los más necesitados. Esto era muy típico de los antiguos conventos observantes.

Por ello, en el convento del Rosario pasó a ser costumbre que apenas se gastase dinero en la ropa de los frailes. Para los que tenían amigos con dinero, esto no era un problema, pues para estas personas era un honor poder costearles la ropa nueva a sus frailes. Pero no pasaba lo mismo con los que no tenían dicho tipo de amistades. Esto movió a fray Martín a ingeniárselas para conseguir que ciertas personas le diesen dinero para financiar la ropa de estos frailes. Y asimismo, se esforzó en gestionar bien dicha ropa. Así lo narra fray Alonso de Arenas:

«Siendo como era, tan sumamente pobre para sí, hubo personas laicas que le cedieron el control de su dinero, de tal manera que, con su suma pobreza, fue capaz de hacer una ropería conventual que se llegó a valorar en más de 6000 pesos, con lo que vestía a los frailes que no tenían otra forma de conseguir la ropa.

Y tuvo siempre un gran respeto a sus superiores. Asimismo guardó una gran amistad y paz religiosa con sus hermanos de comunidad. Y fray Martín tenía tanta caridad, que todos los sábados llenaba de ropa limpia una canasta grande que él tenía, y con ella la iba repartiendo por las celdas de los frailes más pobres, para que éstos tuviesen con qué vestirse. Y de la misma manera, los lunes volvía a recoger la ropa que se habían quitado dichos frailes, teniendo cada hábito su etiqueta de la limpieza. Y en la celda en que fray Martín vivía, tenía él unos cajones de madera numerados, cuyos números correspondían con las etiquetas de los hábitos, para que no se cambiasen. Y todo lo tenía con mucha minuciosidad y limpieza. Y así lo vio este testigo muchas veces»⁹⁷.

⁹⁷ *Ibíd.*, p. 219.

Pero fray Fernando Aragonés nos dice que fray Martín, ante todo, utilizaba el dinero que le daban para repartirlo entre las personas laicas más necesitadas. Dice así:

«Y como todos conocían al venerable hermano fray Martín de Porres por su gran caridad, algunas personas ricas le daban dinero para que él repartiese convenientemente dicha limosna. Y es así como él lo empleaba. Lo cual vio este testigo»⁹⁸.

Otro aspecto de la vida de fray Martín que nos muestra que era una persona emprendedora, son sus esfuerzos por catequizar a los nativos y negros que vivían en los suburbios y poblados de Lima. De esto ya hemos hablado anteriormente.

A partir de 1614 comenzaron a llegar malas noticias de las misiones de Japón, pues las autoridades de aquel país habían decidido prohibir la religión cristiana y, así, emprendieron una durísima persecución que produjo muchos mártires, sobre todo entre las laicas y los laicos japoneses que se negaban a renegar de su fe. También fueron perseguidos, torturados y ejecutados los misioneros que no quisieron abandonar el país. Los últimos mártires dominicos fueron matados en 1636.

Bueno, pues en el refectorio del convento del Rosario se leían las cartas y las crónicas enviadas por los misioneros de Japón, en las que éstos narraban con detalle las dificultades por las que estaban pasando. Obviamente, esto conmovía mucho a los frailes que las escuchaban, y algunos se presentaban voluntarios para ir a Japón. Uno de ellos fue fray Martín, que habló con su amigo don Feliciano de Vega, que había sido nombrado arzobispo de México en 1631, para que éste le facilitara llegar a Japón desde el puerto de Acapulco, de donde partían las naves españolas que iban a Extremo Oriente. Pero en 1631 fray Martín tenía ya 48 años, lo que le hacía demasiado mayor para emprender semejante aventura. Fray Francisco de Santa Fe nos habla de ello:

«En algunas ocasiones oyó este testigo hablar al venerable hermano fray Martín de Porres de los mártires de Japón, afirmando que si le dieran permiso iría de muy buena gana allá a morir por Dios Nuestro Señor y por su Evangelio. Y este

⁹⁸ *Ibíd.*, p. 122.

testigo oyó decir en el convento del Rosario que, de hecho, pretendía conseguir dicho permiso para viajar a México con el arzobispo don Feliciano de Vega, para navegar desde allí al Japón. Por lo cual, este testigo tiene por cierto que fray Martín tuvo la virtud de la fe y que siempre deseó que ésta se extendiese por todo el mundo, aunque fuese a costa de su propia sangre»⁹⁹.

Cambiando de tema, debemos subrayar que fray Martín también planificó y llevó a cabo plantaciones de hierbas medicinales para proveer de medicamentos a los más necesitados. Juan Vázquez Parra nos habla de esto y de un olivar que plantó buscando el bien común:

«Afirma que siempre le veía ocupado en actos de caridad, de tal manera que, por no estar ocioso, le veía ir en tiempo de invierno a sembrar manzanilla a las lomas, para que los pobres fueran a cogerla para remediar con ella sus afecciones [...].

Y este testigo afirma que iba en compañía del venerable hermano fray Martín de Porres a una hacienda que el convento de Nuestra Señora del Rosario tiene extramuros de esta ciudad, a la que llaman Limatambo, donde estaba por el verano fray Cristóbal de Campos. Llegando un día con fray Martín a unas tierras que estaban despejadas y aplanadas, dijo fray Cristóbal: “Aquí en estas tierras hemos de sembrar este año un olivar, cuando hayamos acabado la sementera, porque hasta entonces la gente está ocupada y no se puede hacer antes”. A lo que replicó el venerable hermano fray Martín de Porres diciendo que, si era tiempo de poder hacerlo, él lo plantaría solo. Y le respondió que sí era tiempo. Entonces fray Martín y este testigo, con una barrena y una azada, empezaron a hacer hoyos. Y habiéndolos hecho, empezaron a plantar los tallos. Y al día siguiente, viendo las yemas, comprobó que habían arraigado bien»¹⁰⁰.

Fray Martín también plantaba muchas plantas aromáticas y bellas flores para que otras personas pudiesen disfrutar de ellas y contemplar a Dios. Eso nos lo cuenta fray Alonso de Arenas:

⁹⁹ *Ibíd.*, p. 317.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, pp. 183-184.

«Este testigo afirma que fray Martín fue siempre una persona llena de amor caritativo, y que éste le movía a ir algunas veces a los Amancaes, una zona de paseo que tiene esta ciudad, y que allí llevaba fray Martín una gran cantidad de romero y de flores. Y todo ello lo plantaba para que las personas que fuesen allí a pasear, tuviesen algo de lo que disfrutar. Y para que, asimismo, eso les moviese a alabar a Dios, pues éste era su fin»¹⁰¹.

Muchos de los testigos del Proceso de Beatificación aseguran que fueron muy amigos de fray Martín. A pesar de su baja condición social y eclesial, tenían como una gracia, e incluso como un orgullo, haber formado parte de su vida. Veamos por qué.

AMIGABILIDAD

«[Dijo Jesús a sus discípulos]: “A vosotros os he llamado ‘amigos’, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer»» (Jn 15,15).

El *Diccionario de la Lengua Española* define «amigabilidad» como la «disposición natural a contraer amistades». Y define «amistad» como un «afecto personal, puro y desinteresado, compartido con otra persona, que nace y se fortalece con el tiempo». Esto depende mucho del carácter de la persona. Todos conocemos a hermanas o a frailes abiertos y extrovertidos que tienen muchos amigos, y a otros que son más tímidos. Pero, ciertamente, es bueno para todos tener amigos.

Fray Martín desarrolló ejemplarmente esta virtud. Varios testigos afirman que él era su amigo, es decir, que compartieron con él un afecto «puro y desinteresado». Podemos recordar la amistad que mantuvo con el abogado Baltasar Carrasco de Orozco, el arzobispo de México don Feliciano de Vega, fray Juan Macías y con muchos nativos, negros y pobres que acudían a la portería falsa para hablar con él¹⁰². El capitán Juan de Guarnido lo describe así:

¹⁰¹ *Ibíd.*, p. 228.

¹⁰² El historiador José Antonio del Busto ha hecho un buen estudio sobre los amigos que tuvo fray Martín, cf. pp. 257-269.

«Siempre vio este testigo que el venerable hermano fray Martín de Porres tuvo una gran amistad con sus hermanos frailes y con muchas personas laicas que le hablaban. Y con todos era muy pacífico, amoroso y humilde. De tal manera que él se burlaba de sí mismo, para que los demás le tuvieran en poco y pensasen que no había cosa en él que fuese buena, teniéndose por indigno de los favores que Dios Nuestro Señor le hacía»¹⁰³.

Respecto a esto último, es necesario hacer aquí un pequeño inciso para recordar que sólo las personas realmente fuertes son capaces de burlarse de sí mismas y de mostrarse vulnerables ante los demás. Pero sigamos conociendo la amigabilidad de fray Martín. Veamos qué nos dice fray Alonso de Arenas:

«Por la fama pública de varón santísimo que el venerable hermano fray Martín de Porres tenía y ha seguido teniendo, era muy apreciado por muchas personas importantes y principales de este virreinato, y por buenos cristianos temerosos de Dios que le trataban y hablaban, siendo su amistad un motivo de alegría»¹⁰⁴.

Esto es así porque fray Martín se hacía querer. El regidor Juan de Figueroa, que había sido curado por él, nos dice lo siguiente:

«Este testigo encendió su corazón con el trato y la conversación que tenía con el hermano fray Martín de Porres. Y empezó a tratar y hablar con él todas las cosas de su alma. Y así, cuando llevaban unos tres años siendo amigos, le dijo este testigo: “Cierto, hermano, que estoy con una aflicción que me tiene muy intranquilo”. Y habiéndole pedido fray Martín que se la dijese, este testigo le dijo que hacía tres o cuatro años que, después de haber presentado sus ejecutorias y genealogías en el tribunal de la Santa Inquisición de esta Corte, para ser familiar en ella, se habían remitido a España los despachos y éstos aún no habían tenido respuesta. Y como era cosa de tanta importancia, no se tranquilizaría hasta saber qué había pasado con aquel asunto. A lo cual le respondió fray Martín: “No se preocupe, que ya

¹⁰³ *Proceso de beatificación...*, p. 305.

¹⁰⁴ *Ibíd.*, p. 223.

vienen ahí los despachos". Con lo cual quedó consolado este testigo y más tranquilo.

Y en efecto, al cabo de catorce o quince días de aquello, llegó a esta ciudad el aviso de España y le trajeron los despachos de su deseada familiatura, en un pliego que le fue remitido por su agente. Y habiéndolo leído, se acordó del hermano fray Martín, y de cómo en ésta y en otras ocasiones dicho testigo nunca le ocultó nada de lo que sentía, sino que hablaba y trataba con fray Martín con naturalidad, contándole abiertamente cuáles eran sus problemas y necesidades»¹⁰⁵.

Ciertamente, la amistad entre fray Martín y Juan de Figueroa era muy cercana. Fray Francisco de Santa Fe, a este respecto, nos dice lo siguiente:

«Don Juan de Figueroa, regidor de esta ciudad y amigo íntimo del siervo de Dios fray Martín de Porres, estaba buscando sepultura en el convento del Rosario para enterrarse. Y no hallándola, se lo dijo al venerable hermano fray Martín de Porres, el cual le contestó diciéndole que no le diese importancia, pues se enterrarían juntos en la parte del convento donde estaban en ese momento. Y este testigo ha visto que esta profecía se ha cumplido, pues don Juan de Figueroa ha comprado la capilla con sepultura que le señaló el venerable fray Martín de Porres y la tiene reservada para enterrarse en ella»¹⁰⁶.

Ahora fray Antonio de Mansilla nos va a hablar de las cartas que se escribía fray Martín con un franciscano. Se trata de una divertida anécdota cuyo protagonista es un joven fraile que, por lo visto, era un cotilla:

«Supo este testigo, pues fue público y notorio, que teniendo el siervo de Dios especial amistad con el venerable hermano fray Juan Gómez, varón de conocida virtud y santidad, de la Orden de nuestro padre san Francisco, tuvo necesidad el dicho hermano fray Martín de Porres de escribirle un papel, y así lo hizo. Y buscó para llevárselo a un fraile estudiante, el cual,

¹⁰⁵ *Ibíd.*, p. 81.

¹⁰⁶ *Ibíd.*, p. 319.

movido por la curiosidad, lo abrió por el camino y lo leyó. Y después se lo entregó a fray Juan Gómez. Pero éste, con particular revelación del Cielo, se dio cuenta de que el mensajero había leído aquel papel, por lo que le riñó ásperamente. Y después de leerlo, este franciscano escribió otro papel para responder al de fray Martín. Y de nuevo, aquel fraile estudiante no pudo vencer la curiosidad, por lo que también lo abrió. Y fue ahora fray Martín quien le reprendió, preguntándole si no se había contentado con haber abierto y leído el que él había escrito para el hermano fray Juan Gómez, sino que también había abierto el que dicho venerable hermano había escrito para responderle a él. Conque, temeroso y confuso, este fraile estudiante le dejó el papel en las manos y se fue»¹⁰⁷.

Fray Martín no era sólo amigable con las personas, también lo era con los animales y las plantas. Es más, él sentía que todos somos criaturas de Dios y, en cuanto tales, somos hermanos.

CUIDADO DE LA NATURALEZA

«Hizo Dios los animales del campo según su especie, y el ganado según su especie, y todo lo que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno» (Gn 1,25).

En las últimas décadas, cuando se puso en marcha el movimiento ecologista a nivel mundial, la Familia Dominicana encontró en fray Martín a su gran referente. No es sólo porque este humilde fraile plantara árboles y flores o porque curara a perros y mulas, es sobre todo por el cariño y el respeto que les tenía. Llama mucho la atención que en unos tiempos en los que los animales y las plantas no eran apenas valorados como tales, sólo por lo que podían ofrecer al ser humano, este fraile los amara y los cuidara tanto. En efecto, fray Martín fue un genuino ecologista.

Él no escribió ningún tratado naturalista como san Alberto Magno o fray Luis de Granada, pero nos ha dejado un valioso ejemplo de vida que ha quedado inmortalizado para la posteridad gracias a

¹⁰⁷ *Ibíd.*, pp. 172-173.

los testimonios recogidos en su Proceso de Beatificación. Él representa a las dominicas y dominicos anónimos que cuidan cariñosamente de las plantas y animales en su monasterio, en su convento o en su casa. Y lo hacen alabando a Dios. El primer testimonio que vamos a conocer es el de fray Fernando Aragonés, que nos habla del amor que fray Martín tenía por todos los seres de la creación.

«Y así, todos: frailes y laicos, nativos, criollos, españoles y negros, chicos y grandes, mujeres y varones, todos le tenían por padre y por alivio y consuelo en sus trabajos. Y esto no era un milagro, pues eran seres dotados de razón. Lo que sí parecía sobrenatural era ver a los animales que, no teniendo uso de razón, ni siendo capaces de ella, reconocían en dicho siervo de Dios este amor.

Porque, cuando iba al gallinero de la enfermería, las gallinas se dejaban tocar y acariciar por él, y éstas le agasajaban, rodeaban y festejaban como reconociendo su caridad. Y si entraba en la caballeriza, las mulas y demás bestias se le acercaban amorosas y contentas, con particulares muestras de gusto y cariño hacia él. Y esto mismo sucedía con los perros, gatos y demás animales caseros, que mostraban donde quiera que lo veían, mucha inquietud en los halagos, dando muestras como podían del gusto que tenían de verle, tocándole y lamiéndole la ropa»¹⁰⁸.

Y dice fray Gaspar de Saldaña:

«Era tal su caridad, que hasta con los perros la tenía, y los curaba y los daba de comer. Y cuando cogía algún ratón en la ropería, no le quería matar, sino que lo echaba al huerto diciendo: “Vete a donde no hagas mal”»¹⁰⁹.

El cirujano Marcelo de Ribera nos cuenta esto mismo, pero de un modo más detallado, junto a otras interesantes anécdotas:

«Y asimismo, la virtud en la que más se esmeró y sobresalió fray Martín fue en la caridad, que ejercitó tanto, que este testigo no halla palabras con las que ponderarlo, pues la tenía hasta con los animales. Y cuando estaban de vacaciones los frailes, la

¹⁰⁸ *Ibíd.*, p. 159.

¹⁰⁹ *Ibíd.*, p. 96.

mayor ilusión que tenía dicho siervo de Dios era la de ir a la hacienda del convento, llamada Limatambo, y allí curaba a los bueyes y a otros animales de la hacienda, los cuales sanaban admirablemente y lo hacían con notable brevedad.

Y un día estaba el siervo de Dios afligido por el daño que los ratones hacían en la ropa de los enfermos, por lo que cogió a un ratón y le dijo: “Hermano, ¿por qué tus compañeros y tú hacéis daño en la ropa de los enfermos? No te mato, porque quiero que vayas y convoques a todos tus compañeros, para que os vayáis a la huerta, pues allí os daré de comer todos los días”. Y así hizo: desde entonces les llevó todos los días una ración con las sobras de la enfermería. Y en premio a su mucha caridad, Nuestro Señor permitió que no hubiese más ratones en la ropería. Lo cual vio este testigo.

Y durante unas vacaciones trajeron al convento unos toros y unas vaquillas, para que los frailes estudiantes jugasen con ellos. Pero les tuvieron cuatro días sin comer. Y sabiéndolo el siervo de Dios fray Martín de Porres, se afligió mucho y, en presencia de este testigo, cargó a toda prisa botijas de agua y las fue poniendo en la puerta del noviciado. Pero este testigo no sabía por entonces para qué eran, aunque al día siguiente se habló de ello en todo el convento notoriamente.

El caso es que, después de tener mucha agua y hierba, la cual había traído de la caballeriza del convento, pasada la media noche le abrieron las puertas del noviciado y metió dicha agua y hierba. Y entonces las fue repartiendo a cada animal, según su edad. Y aunque estaban los animales muy furiosos por no haber comido ni bebido, se le domesticaron y amansaron, de tal manera que se acercaban al siervo de Dios como queriendo besarle el hábito.

Y un fraile llamado fray Diego de la Fuente –que era Predicador General y que ya ha fallecido–, desde una ventana le oyó hablar al siervo de Dios fray Martín de Porres, y escuchó que le decía esto a un toro: “El hermano es mayor. Deja, deja pues comer a los menores”. Y cuando acabó de alimentar a los animales, se fue. Y para mayor prueba del caso, hallaron rotas las botijas con las que había dado de beber a los animales. Gracias a lo cual se supo que le habían abierto las puertas del noviciado»¹¹⁰.

¹¹⁰ *Ibíd.*, pp. 137-138.

En las últimas décadas se han difundido imágenes en las que fray Martín da de comer en un mismo plato a un perro, un gato y un ratón. Son, sin duda, la mejor imagen o el mejor símbolo del trabajo que la Familia Dominicana hace por *la justicia, la paz y el cuidado de la creación*. Fray Fernando Aragonés va a narrarnos ahora lo que pasó:

«Parece que los animales le obedecían por particular privilegio de Dios, como se verá por un ejemplo y suceso prodigioso que este testigo vio. Esto fue lo que pasó: bajo un sótano que está debajo de la enfermería del convento, parieron una perra y una gata. Y pareciéndole al siervo de Dios que podían morir de hambre tanto las madres como sus hijos, cuidaba todos los días de llevarles un plato de sopa y, mientras lo comían, él les decía: “Comed, callad y no riñáis”. Y parece que le obedecían pues, aunque eran animales enfrentados, era tal la armonía que había entre ellos que parecían de la misma especie.

Y sucedió que un día salió un ratón deseando comer en dicho plato, y viéndole el siervo de Dios, le dijo: “Hermano, no inquietes a los chiquillos. Y si quieres comer, mete la gorra, come y vete con Dios”. Y así lo hizo, de tal forma que, sin inquietarse dicho ratón ni los perrillos ni los gatillos, todos comieron con mucha quietud.

Y esto lo vio este testigo porque fray Martín le llamó para que lo viese. Y es que para él, por tener tan vivamente presente a Dios en su alma, nada le era dificultoso. Y eso se podía ver en su mucha virtud, santidad, paciencia, sacrificio, humildad y ardentísima caridad, en todo lo cual fray Martín era extraordinario. Y a este testigo le parece imposible hablar correctamente sobre ello, porque la elocuencia humana no tiene bastante encarecimiento, ni ponderación, ni palabras»¹¹¹.

Catalina de Porres nos cuenta cómo su tío metió en casa de su hermana Juana un grupo grande de perros que los frailes habían echado del convento, y se ocupó de ellos, consiguiendo, además, que no ensuciasen la casa. Resulta divertido:

«Era tanta la caridad que tuvo el venerable hermano fray Martín, no sólo con las personas sino también con los animales, que habiendo ordenado el prior provincial de su Orden que

¹¹¹ *Ibíd.*, pp. 158-159.

echasen fuera de la clausura a todos los perros que hubiese en ella, movido de lástima y compasión, fray Martín agarró a todos los que pudo y los llevó a la casa donde moraba la madre de esta testigo. Y allí los tenía atados. Y a los que estaban enfermos, los curaba.

Y vio esta testigo que durante ocho días, como a eso de las nueve de la mañana, poco más o menos, su tío les llevaba debajo de la capa del hábito el sustento necesario. Y una vez que entraba en el patio de dicha casa, decía en voz alta, hablando con los perros: “¡Salid, que aquí estoy, que tengo que hacer!”. Y cuando aún no había acabado de decirlo, salían infinitos perros, rodeándole por todas partes, y él iba dando de comer a cada uno. Y luego les decía que se fuesen y que no molestasen en casas ajenas.

Y diciéndole la madre de esta testigo que para qué le llevaba tantos perros a su casa, que la tenían enfadada porque la ensuciaban la casa con sus necesidades, él la respondió diciéndole que ya andaba buscando dónde tenerlos. Y hablando con los perros, fray Martín les dijo que si tenían que hacer sus necesidades, saliesen a la calle. Y vio esta testigo muchas veces que, desde entonces, cuando los perros querían hacer alguna necesidad, salían a la calle y volvían a entrar, sin provocar enfado ni molestia en la casa, ni ensuciándola como antes lo hacían»¹¹².

Veamos cómo nos cuenta el capitán Juan Guarnido lo que pasó con el perro de un difunto, porque es muy curioso:

«Habiendo enterrado en la iglesia del convento de Nuestra Señora del Rosario, en la capilla del Señor San Juan, a un hombre que tenía un perrillo, éste se fue detrás del cuerpo del difunto y, habiéndole visto enterrar, se quedó durante quince días junto a la sepultura de su amo, sin apartarse de ella ni de día ni de noche. Viendo a dicho perrillo el venerable hermano fray Martín de Porres, le llevaba de comer todos los días con grandísima caridad, hasta que el propio perrillo se fue»¹¹³.

¹¹² *Ibíd.*, p. 214.

¹¹³ *Ibíd.*, p. 309.

Hay varios testigos del Proceso de Beatificación que nos hablan de la buena mano que tenía fray Martín con los animales, y de cómo se las ingeniaba para que éstos le obedeciesen. Francisco Ortiz, un buen amigo de fray Martín, nos cuenta esto que le sucedió con un toro bravo:

«Estando un día este testigo en el convento de los dominicos hablando con fray Martín de Porres, queriéndose ir a su casa, el venerable hermano le dijo que esperase e irían juntos, porque dicho hermano quería ir a casa del señor arzobispo don Feliciano de Vega. Y saliendo ambos del convento, hallaron que en el cementerio estaban toreando un toro muy bravo. Y diciéndole este testigo a fray Martín que era mejor que no pasasen por allí, para que no les sucediese ninguna desgracia, el venerable hermano no le hizo caso, y siguió adelante. Como este testigo iba a su lado, de la parte donde estaba el toro, dijo para sí, poniéndose al otro lado: “Mientras el toro se las entiende con este hermano que es santo, yo me meteré en alguna casa”.

Y entonces fray Martín pasó junto al toro, sin atenderlo ni mirarlo, y el toro no se inmutó ni hizo movimiento alguno. Y todos los que allí estaban se quedaron admirados, y más aún este testigo. Tras lo cual, pasaron libremente por aquel lugar y cada uno se fue después a su lugar de destino. Y posteriormente, contando esto que había pasado a personas que conocían la santa vida de este venerable hermano, supo que no hacía caso de aquellos bravos animales, ni se fijaba en ellos, pues a él no le hacían nada»¹¹⁴.

Sabemos que fray Martín también curaba a los animales. Vamos a conocer ahora varios testimonios sobre esta faceta. Comencemos con lo que nos dice fray Fernando Aragonés.

«Vio este testigo que a la ropería, que era la celda del siervo de Dios, venían a buscarle perros heridos para que los curase. Y él les aplicaba una cura, les hacía una cama y les daba de comer hasta que estaban sanos. Y entonces les decía: “Ya estás sano; vete y no te quedes en el convento, que aquí te pueden matar”.

¹¹⁴ *Ibíd.*, pp. 120-121.

Y como si tuvieran entendimiento, le obedecían y se iban. Y esto le sucedía muy a menudo.

Y sucedió que, yendo este testigo junto con el siervo de Dios, hablando por un patio que está detrás de la enfermería, vio un gato que estaba en la puerta de un sótano, gritando porque estaba herido por una pedrada que le habían dado en la cabeza. Y entonces el siervo de Dios le dijo: “Vente conmigo y te curaré, que estás muy malherido”. Y el gato le obedeció y se fue con él, y se dejó curar con mucha mansedumbre. Y fray Martín le vendó con un paño y le cosió con una aguja. Cuando acabó de coserle, le dijo: “Vete y vuelve por la mañana y te curaré otra vez”. Y este testigo estuvo atento y, en efecto, vio al gato esperándole en la puerta de la ropería para que lo curase»¹¹⁵.

Fray Cipriano de Medina nos habla de lo que pasó con un perro fiero que llegó malherido a la enfermería:

«Estando el hermano fray Martín de Porres en la enfermería cuidando de sus hermanos enfermos, entró hasta donde él estaba un perro muy grande dando quejidos, pues estaba atravesado de parte a parte por el vientre, con dos heridas muy grandes por las que perdía mucha sangre. Y se acercó al hermano como queriendo que lo curase, cosa que dejó admirados a todos los que estaban alrededor. Y el hermano se volvió hacia el perro y le dijo: “¿Quién le mete al hermano perro a ser fiero? Esto les ocurre a los que lo son”. Y haciéndole dicho perro demostraciones de halago, le cogió de una oreja el hermano fray Martín y lo metió en su celda, que la tenía en el claustro de la enfermería.

Y quedando admirado este testigo, pues lo estaba mirando desde el claustro, bajó a toda prisa para ver y saber en qué acababa la cosa. Y entrando a la celda de fray Martín, vio que estaba poniendo en el suelo unas pieles de ternero para que se acostase el perro. Y cogiendo un poco de vino con la boca, le lavó las heridas con mucha caridad. Y después, con aguja e hilo, comenzó a cosérselas. Pero sintiendo el perro el dolor que aquello le causaba, comenzó a gruñir y a hacer ademán de fiereza. Y volviéndose a él con mansedumbre, le dijo el

¹¹⁵ *Ibíd.*, p. 126.

hermano: “Aprende a ser manso y no seas fiero, porque los que lo son acaban así”.

Y cuando acabó de coser las heridas, le mandó que se estuviese quieto sobre las pieles de ternero y que no se moviese. Y como si fuera una persona dotada de razón, el perro le obedeció. Entonces le trajo de comer, y sin necesidad de hacerle nada más, sanó. Y como le estaba muy agradecido, este animal no se quería apartar de su lado, acompañándole a donde quiera que fuese, sin dejarle un instante Y estaba tan unido a él, que si veía que alguna persona se acercaba al hermano fray Martín para tocarle, el perro gruñía y mostraba su fiereza»¹¹⁶.

Veamos ahora cómo fray Martín sanó una mula. Lo narra fray Antonio Gutiérrez:

«En una ocasión, el hermano fray Martín se topó en un muladar con una mula que se estaba muriendo porque le habían partido una pata y tenía muchas llagas, por lo que había quedado totalmente inservible para trabajar. Entonces la cogió el venerable hermano fray Martín de Porres, la aplicó una cura y la entablilló, diciéndola: “Criatura de Dios: sana”. Pues bien, al cabo de pocos días dicha mula estuvo buena y sana»¹¹⁷.

Cuando fray Martín se estaba muriendo a causa del tifus, fray Antonio Gutiérrez era novicio y el maestro le mandó que cuidase de él. Este testigo nos dice que, incluso entonces, nuestro santo no pudo dejar de pensar en el bien de los animales. Así lo cuenta fray Antonio:

«Estando el venerable hermano fray Martín de Porres contagiado de la enfermedad de la que murió, pocos días antes de su muerte le dijo a este testigo, que era su enfermero, que iba a morir de esa enfermedad. Asimismo, sabiendo que el médico que le trataba había mandado matar algunos animales para hacer medicamentos para él, los cuales eran unos perrillos, palominos y gallinas, el venerable hermano fray Martín le dijo a este testigo que lo sentía mucho. Y le oyó preguntar varias veces que para qué mataban aquellas criaturas de Dios, ya que había llegado la voluntad divina de que muriese y no le iban a

¹¹⁶ *Ibíd.*, pp. 88-89.

¹¹⁷ *Ibíd.*, p. 294.

aprovechar. Y, en efecto, así sucedió, pues murió de dicha enfermedad»¹¹⁸.

EL VACÍO DEJADO POR FRAY MARTÍN

«Así ocurre en la resurrección de los muertos... se siembra el cuerpo natural y resucita un cuerpo espiritual» (1Cor 15,42.44).

El ser humano no suele darse cuenta de lo que realmente valen sus seres queridos hasta que éstos desaparecen de su vida. Es entonces cuando se siente su falta y el vacío que dejan. Esto comenzó a experimentarlo la comunidad del Rosario cuando constataron que a fray Martín le quedaban pocas horas de vida. Fray Baltasar de la Torre Menasalvas narra así la sentida reacción de aquellos frailes:

«Porque, siendo el siervo de Dios un mero hermano donado y el más humilde de los hijos del convento, en aquellas últimas horas antes de que falleciese se mostró el aprecio que por él tenían sus hermanos y superiores. Pues en aquellas últimas horas de su vida, muchos querían acercarse a su pobre cama, y los pocos que cabían en su celda se arrodillaban junto a él. Parecía que quisiesen acompañarle con sus lloros y sus lágrimas, mientras le acariciaban como si fuesen hijos suyos. Y algunos frailes, que eran por entonces de los más sobresalientes en letras y virtudes, y los primeros en todo, también se acercaban a despedirse. Como es el caso del muy reverendo padre maestro fray Juan López, que fue prior provincial de esta Provincia de San Juan Bautista del Perú, y catedrático de Vísperas en la Real Universidad de Lima, el cual, arrodillado, puso sus ojos y su boca sobre los pies del hermano fray Martín, y así estuvo un largo rato, como una estatua de mármol»¹¹⁹.

La noticia del fallecimiento de fray Martín recorrió en pocas horas todo Lima, y cientos de personas abarrotaron la iglesia del Rosario para asistir a los actos fúnebres. Se reservaron lugares especiales para las autoridades civiles y eclesiásticas, y el resto fue

¹¹⁸ *Ibíd.*, p. 295.

¹¹⁹ *Ibíd.*, p. 198.

ocupado por una multitud de nativos, negros, criollos y españoles pobres a los que fray Martín había ayudado de un modo u otro. Todos sentían que se había ido alguien realmente bueno, pero sabían que desde el Cielo les iba a seguir ayudando.

Fray Juan de Arguinao era arzobispo del Nuevo Reino de Granada cuando en 1660 participó en el Proceso de Beatificación de fray Martín. Pero era un fraile más de la comunidad cuando asistió a los actos fúnebres. Así resume lo acontecido:

«El día de la muerte del venerable hermano fray Martín de Porres, se conmovió mucha gente de esta ciudad de Lima, la cual vino a su entierro sin hacer falta que nadie la invitase. Y ésta, acercándose a las andas donde estaba su cuerpo, le veneraban como siervo de Dios, pues en esta opinión le tenían todos, tanto los nobles como los plebeyos [...].

Y cuando llegó el momento de llevar en andas el cuerpo del siervo de Dios entre la multitud de gente que había acudido a su entierro, éstas fueron cargadas por el señor arzobispo de México, don Feliciano de Vega, por el señor don Pedro de Ortega Sotomayor, obispo de Cuzco, por el señor don Juan de Peñafiel, oidor en la Real Audiencia de esta ciudad, y por el señor don Juan de Figueroa Sotomayor, regidor de esta ciudad, mostrando así todos ellos que tenían al venerable hermano fray Martín de Porres por siervo de Dios y que como a tal le veneraban»¹²⁰.

Fray Juan Ochoa de Verástegui nos cuenta ahora un pequeño incidente que tuvo el arzobispo de México a causa de la multitud que asistió a los actos fúnebres:

«Este testigo asistió al entierro del siervo de Dios, por cuya fama acudió la nobleza y las autoridades religiosas de esta ciudad y el señor arzobispo de México, don Feliciano de Vega, el cual cargó su ataúd. Y fue tanta la gente que le acompañó que, al entrar en el Capítulo, el señor arzobispo hubiera sido arrollado y tirado por el suelo si los criados no le hubieran ayudado. Ante lo cual él dijo: “Así se debe honrar a los santos”»¹²¹.

¹²⁰ *Ibíd.*, p. 260.

¹²¹ *Ibíd.*, p. 116.

A la comunidad le costó mucho hacer el duelo por la muerte de fray Martín. Tanto es así, que en 1660 comenzaron su Proceso de Beatificación. Fray Juan de Barbazán era el prior provincial por entonces. Este fraile nos resume el sentir de la comunidad, 21 años después del fallecimiento de fray Martín:

«Aunque tras la muerte del venerable hermano fray Martín de Porres no ha faltado en el convento del Rosario la acostumbrada caridad, a este testigo le parece que nunca se llenará el vacío que dejó este hermano. Y ve que los frailes comparten el dolor de sentirse sin el amparo de su venerable hermano fray Martín de Porres»¹²².

¹²² *Ibíd.*, p. 110.

CONCLUSIÓN

Como es obvio, ha habido muchas dominicas y dominicos que han tenido una vida religiosa ejemplar, empezando por santo Domingo. Pero, en nuestra opinión, san Martín es el mejor modelo del buen religioso, pues a diferencia de la gran mayoría de santos dominicos, alcanzó la santidad sin destacar como predicador, teólogo, misionero, mártir o artista.

Pero sí destacó como religioso. Y lo hizo afrontando la desventaja de ser pobre, mulato y bastardo. Y es que eso es puramente externo. Pero en su interior era una persona inteligente, trabajadora y muy caritativa. Y como hemos estado viendo a lo largo de este libro, eso es mucho más importante que lo externo.

Ser un buen religioso ayudó a san Martín de Porres a desarrollar su capacidad para curar enfermedades y alimentar a los pobres. En efecto, las personas que forman parte de la vida consagrada, deben hacer lo posible por desempeñar correctamente la misión que les han encomendado, ya sea cuidando ancianos, orando dentro de la clausura o dando clases a niños. Pero podrán hacerlo mucho mejor si son buenos religiosos, como lo fue san Martín.

Así es, la hermana o el fraile, antes que buenos profesionales, deben madurar en la vida religiosa. Es más, sólo serán meros profesionales si no se esmeran en ser buenos religiosos.

BIBLIOGRAFÍA

SOBRE SAN MARTÍN DE PORRES

Paulino ÁLVAREZ, «San Martín de Porres, terciario conventual», en *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de Predicadores*, Vol. I, Santos, El Santísimo Rosario, Vergara 1919, pp. 763-777.

Manuel AMADO, «Beato Martín de Porres», en *Vidas de los santos y beatos de la Orden de Predicadores*, Librería Católica del Gregorio del Amo, Madrid 1912², pp. 417-422.

ANÓNIMO, *Conozca a Fray Martín de Porres. Breve historia de su vida*, Convento de San Pablo, Palencia 1951.

José Antonio de BUSTO DUTHURBURU, *San Martín de Porras*, Pontificia Universidad Católica de Perú, Lima 2006.

Vicente FORCADA, *San Martín de Porres. «Fray escoba de la Caridad»*, Col. «Celebraciones vivas de los santos y santas dominicos», n. 13, Monte Carmelo, Burgos 1997.

Stanislas FUMET, *Le Bienheureux Martin de Porrès. Serviteur prodigieux des Frères Prêcheurs (Lima 1569-1639)*, Desclée de Brouwer, Paris 1933.

Leo C. GAINOR, *Beato Martín de Porres. Ayuda de enfermos, pobres y necesitados*, Secretariado «Martín de Porres», Palencia 1959.

Vicente GALDUF, *El primer santo africano. Martín de Porres*, Juan Flors, Barcelona 1961.

Julián GARCÍA, *Fray Martín de Porres*, Trípode, El Marqués (Caracas) 1987.

Antonio GARCÍA FIGAR, *Biografía breve del B. Martín de Porres (dominico)*, Imprenta Europa, Madrid 1952.

Alonso MANRIQUE, «Marabillas de la caridad perfecta en la Vida, Virtudes, y milagros del Venerable Fr. Martín de Porres...», en *Retrato de perfección christiana: Portentos de la gracia y maravillas de la Caridad en las vidas de los venerables P. Vicente Bernedo, Fr.*

El buen religioso

Juan Macías y Fr. Martín de Porres., Francisco Gropo, Venecia 1696, pp. 189-280.

Bernardo MEDINA, *San Martín de Porres. Biografía del Siglo XVII*, Jus, México 1964.

José MEDRANO PRIETO, *San Martín de Porres. Promotor de la justicia social*, Vargas, Bogotá 1996.

Juan MELÉNDEZ, «Vida prodigiosa del Venerable siervo de Dios Fray Martín de Porras, dela Tercera Orden de Nuestro Glorioso Padre Santo Domingo», *Tesoros verdaderos de las Yndias en la historia de la gran provincia de San Juan Bautista del Peru de el Orden de Predicadores*, Tomo 3, Imprenta Nicolás Ángel Tinassio, Roma 1682, pp. 201-346.

Victorino OSENDE, *Vida sobrenatural del beato Martín de Porres*, Imp. «Artística», Lima 1917.

Brian PIERCE, *San Martín de Porres. Un santo de las Américas*, Bonum, Buenos Aires 2011².

Juan de la Cruz PRIETO (ed.), *Proceso de beatificación de fray Martín de Porres*, Secretariado «Martín de Porres», Palencia 1960.

Antonio SÁNCHEZ, *Historia de una escoba (Vida del Beato Martín de Porres)*, Secretariado «Martín de Porres», Palencia 1960².

José María SÁNCHEZ-SILVA, *San Martín de Porres*, Secretariado «Martín de Porres», Palencia 1962.

Rubén VARGAS UGARTE, *El Beato Martín de Porres*, Secretariado «Martín de Porres», Palencia 1955².

Salvador VELASCO, *El Beato Martín de Porres. Un brote de hispanidad*, Biblioteca Nueva, Almagro 1941.

---, *Martín de Porres*, OPE, Villava 1967⁸.

---, «San Martín de Porres, ejemplar sublime de caridad (1579-1639)», en AA.VV., *Nueve personajes históricos*, OPE, Caleruega 1983, pp. 189-199.

OTRAS OBRAS

Guillermo ÁLVAREZ PERCA, *Historia de la Orden Dominicana en el Perú*, 4 vols., Provincia de San Juan Bautista, Lima 1997-2000.

Vicente BELTRÁN DE HEREDIA, *Historia de la reforma de la Provincia de España (1450-1550)*, Instituto Histórico de los Frailes Predicadores, Convento de Santa Sabina, Roma 1939.

José Antonio de BUSTO DUTHURBURU, *San Martín de Porras*, Pontificia Universidad Católica de Perú, Lima 2006.

CATALINA DE SIENA, *Transforma tu corazón. Cartas espirituales de santa Catalina de Siena*, San Esteban, Salamanca 2019.

Delfín CASTAÑÓN, *Historia de la Orden de Predicadores*, Edibesa, Madrid 1995.

Justo CUERVO, *El maestro fr. Diego de Ojeda y La Cristiada*, Librería de Gregorio del Amo, Madrid 1898.

---, *Historiadores del convento de San Esteban de Salamanca*, Tomo II, Imprenta Católica Salmanticense, Salamanca 1914.

Brian FARRELLY, *Fray Vicente Bernedo, O.P. Apóstol de Charcas (1562-1619)*, San Esteban, Salamanca 1986.

Willian A. HINNEBUSCH, *Breve historia de la Orden de Predicadores*, San Esteban, Salamanca 1982.

Diego de HOJEDA, *La Cristiada. Poema de la Pasión de Cristo*, OPE, Caleruega 1986.

Álvaro HUERGA, «San Álvaro de Córdoba. Introdutor del Via Crucis y reformador», en AA.VV., *Estampas de místicos*, OPE, Caleruega 1986, pp. 133-146.

Hernán JIMÉNEZ SALAS (ed.), *Primer proceso ordinario para la canonización de Santa Rosa de Lima (1617)*, Monasterio de Santa Rosa de Santa María, Lima 2001.

José Luis LAGO, «San Juan Macías. El pastor contemplativo», en AA.VV., *Estampas de místicos*, OPE, Caleruega 1986, pp. 21-37.

Bernard LAVALLÉ, «Los Dominicos de Lima (1565-1625). Paradojas y prefiguraciones del primer criollismo conventual peruano», en *Los Dominicos en el Nuevo Mundo. Actas del III Congreso Internacional. Granada, 10-14 de septiembre de 1990*, Deimos, Madrid 1991, pp. 375-387.

Miguel Ángel MEDINA, *Los dominicos en América. Presencia y actuación de los dominicos en la América colonial española de los siglos XVI-XIX*, Maphre, Madrid 1992.

Juan MELÉNDEZ, *Tesoros verdaderos de las Yndias en la historia de la gran provincia de San Juan Bautista del Peru de el Orden de Predicadores*, 3 vols., Imprenta Nicolás Ángel Tinassio, Roma 1681-1682.

C. PALOMO, «Hurtado de Mendoza, Juan, O.P.», en Quintín ALDEA, Tomás MARÍN y José VIVES (dirs.), *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Vol. II, CSIC, Madrid 1972, p. 1113.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*: <https://dle.rae.es>

Ana Belén SÁNCHEZ PRIETO, *Juan Hurtado de Mendoza*, Real Academia de la Historia: <http://dbe.rah.es/biografias/22260/juan-hurtado-de-mendoza>

Águeda M. RODRÍGUEZ CRUZ, «Juan de Lorenzana, universitario salmantino y catedrático de la Universidad de San Marcos de Lima», en José BARRADO (ed.), *Los Dominicos en el Nuevo Mundo. Actas del II Congreso Internacional. Salamanca, 28 de marzo - 1 de abril de 1989*, San Esteban, Salamanca 1990, pp. 381-401.

Sonia V. ROSE, *Diego de Hojeda y Carvajal*, Real Academia de la Historia: <http://dbe.rah.es/biografias/39948/diego-de-hojeda-y-carvajal>

Teófilo URDANOZ, «Introducción biográfica», FRANCISCO DE VITORIA, *obras*, BAC, Madrid, 1960, 1-107, pp. 21-22.

Salvador VELASCO, «Santa Rosa de Lima, patrona de América», en AA.VV., *Nueve personajes históricos*, OPE, Caleruega 1983, pp. 201-215.

Fernando ZEPEDA (ed.), *Regla de S. Agustin y Constituciones del Orden de Predicadores, para el uso de Religiosos, y Religiosas de dicho Orden, assi del Choro, como fuera de èl, Convento de San Pablo, Valladolid 1710.*

